This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College Library

FROM

G. F. Taylor

Harvard College Library

FROM

G. F. Taylor

LOPE DE VEGA.

Galería de obras dramáticas nacionales y extranjeras.

JUANA EYRE

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. F. M.

Precio 8 reales.

MANERO, EDITOR.—BARCELONA.

ADMINISTRACION.
Ronda del Norte, núm. 128.

LIBRERÍA.
Plaza del Teatro núm. 7.

1869

JUANA EYRE

DRAMA EN 4 ACTOS Y UN PRÓLOGO

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

D. F. M.

BARCELONA.

ADMINISTRACION. Ronda del Norte núm. 128.

LIBRERÍA. Plaza del Teatro núm. 7.

1869.

Span 5999.142

HARVARD COLLEGE
OCT 5
LIBRARY

G. F. Taylor

La propiedad de esta obra pertenece, en cuanto á los derechos de representacion, á D. Miguel Gasset, y para los de impresion y edicion á D. Salvador Manero.

Los corresponsales de los señores Gullon é Hidalgo son los encargados del cobro de los derechos de representacion y venta de ejemplares.

PERSONAJES.

LORD ROCHESTER.
JUANA EYRE.
MISTRIS SARA HOLLISTER.
SIR GUILLERMO SMITH.
EL CAPITAN ENRIQUE HARDING.
HERMINIA CLARENS.
ISABEL, AYA.
MISTRIS CLARA.
RICARDO, 17 AÑOS.
EL DOCTOR BLACKORST.
ADELA, 8 AÑOS.
JORGE, CRIADO.
PATRICIO, CRIADO.

PRÓLOGO.

Un salon ricamente amueblado. En el fondo una biblioteca coronada de bustos. A la derecha en primer término una gran ventana de ancho alfeizar con una cortina de damasco encarnado. A la izquierda una chimenea y encima de esta el retrato de un hombre de unos cuarenta años de edad: junto á la chimenea un sofá, y al otro lado de esta una mesa y un sillon. Puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

JUANA. (*Sola, entrando por la puerta de la derecha. Está pálida, el cabello en largos bucles le cae hasta los hombros. Lleva un sencillo vestido de algodon oscuro, delantal negro y un pañuelito blanco al cuello. Tiene* 16 *años. Asoma con precaucion y dice desde el dintel de la puerta.*) ¡Nadie!... puedo entrar sin cuidado... No me han de impedir que cumpla un sagrado deber. (*Atraviesa lentamente la escena y se dirige á la chimenea. Al llegar delante del retrato, lo contempla con ternura y junta las manos.*) ¿Me ves, amado tio Arturo? Sí, tú me miras y me sonries cuando debieras llorar. ¡Todos andan diciendo que soy mala, viciosa, ingrata!... ¡Oh! ¿por qué me dejaste tan pronto, tio Arturo? Tú me amabas y ellos me aborrecen. Ayer, sin ir mas lejos, ayer, dia de Navidad, todos se entregaron al regocijo de la fiesta, sus corazones nadaban en la alegría y en la felicidad, sin pensar en tí, protector mio! (*Cayendo de rodillas.*) Hoy es aniversario de tu nacimiento, y sin embargo, lo han olvidado, olvidando tambien que de tí han recibido todo

cuanto poseen, todo ese oro que constituye su orgullo: tú sigues enriqueciéndoles desde el fondo del sepulcro, y ellos te han olvidado completamente!... ¡Solo la pobre huérfana guarda en su corazon el recuerdo de una fecha bendecida por muchos títulos!... Mas ¡ay de mí! ella no puede ofrecerte mas que lágrimas... es lo único que no han podido quitarle! ¡Acéptalas, bienhechor mio, pues son hijas del amor y de la ternura que te tengo, ya que no ignoras que te quiero como un padre!

ESCENA II.

JUANA, ISABEL.

ISABEL. (*Saliendo por la derecha y viendo á Juana.*) ¡Oh! ¡Dios mio! no me engañé... Juana, ¿qué haces aquí? ¿Has olvidado que te está prohibido entrar en este salon? ¿qué haces aquí?

JUANA. (*Que se ha levantado al entrar Isabel, mirándola con ojos huraños.*) Hoy es el aniversario del nacimiento de mi tio Arturo y he venido á felicitarle. Los otros olvidan; pero Juana se acuerda.

ISABEL. No siempre hemos de pensar en los muertos, Juana. Hace ya cinco años que murió vuestro tio.

JUANA. (*Con amargura.*) ¡Cinco años! mucho tiempo es... Sí, porque hace mucho tiempo que yo era feliz; porque mi tio vivia y yo no pensaba que los buenos pudiesen morir y que los huérfanos llegaran á ser tan desgraciados como yo lo soy.

ISABEL. Sin embargo, tus padres no existian ya.

JUANA. Es verdad; pero el cariño de mi tio me hacia olvidar que estaba sola en el mundo... Cuando me estrechaba contra su corazon, dejaba de ser huérfana! (*Con efusion.*) ¡Ah! protector mio, ¿cómo no vienes á buscarme y á arrancarme de las manos de esos malvados que me atormentan? ¡Mi segundo padre, óyeme! ¡yo te lo suplico!...

ISABEL. (*Con inquietud.*) ¡Juana! ¡Juana! mira que vuelve á darte ese frenesí producido por la calentura de que fuiste atacada el año pasado.

JUANA. (*Con asombro y recelo.*) ¿Tú tan buena conmigo, Isabel? ¿Por qué no me maltratas como antes?...

¿Por qué no me echas indignada lejos de aquí? Mistris Sara, sin embargo, te ha encargado repetidas veces que así lo hicieras.

ISABEL. Porque hoy ya no eres una niña.

JUANA. ¡Oh! no es eso lo que te detiene, Isabel... si no te atreves á hacerlo, es porque temes matarme viéndome tan debilitada por lo mucho que me han hecho padecer. Por eso te compadeces, Isabel, de la niña maldita como me llaman ellos.

ISABEL. Me juzgas mal, Juana. Solo me mueve el deseo de que mistris no se irrite contra tí mas de lo que lo está ya... y además, lo confieso, creo que debo compadecerte por cuanto tu salud... (*Se detiene y escucha.*) Vámonos de aquí, Juana, vámonos... si llegaran á encontrarte en este sitio...

JUANA. (*Con altivez.*) No quiero marcharme.

ISABEL. Juana... (*Insistiendo.*) sé buena; no me aflijas mas.

JUANA. (*Echándose vivamente en sus brazos.*) Isabel, no me riñas... yo no soy tan mala como dicen; ¡pero padezco tanto!... Mira, si deseas que te quiera, no me eches de aquí, dame este gusto... quiero celebrar tambien la fiesta de Navidad, y ¿sabes de qué modo? leyendo un poquito. Hace mucho tiempo que ni siquiera he visto un libro, pues Herminia me ha proscrito de todas las habitaciones de la casa... Vamos, Isabel, á tu vez sé tambien generosa, permíteme leer y me harás muy feliz.

ISABEL. (*Vacilando.*) Bien quisiera; pero si llegaran á verte...

JUANA. (*Corriendo rápidamente á la biblioteca.*) Nada temas... (*Tomando un libro.*) ¡La Historia de Inglaterra!... (*Volviendo muy alegre al proscenio.*) ¿Lo ves, Isabel? mi mano no se equivocó. Bien sabia yo dónde estaba... (*Acerca una silla á la ventana y sube á sentarse en el alfeizar.*) Ahora, voy á ocultarme detrás de esta cortina, y á pesar de la escasa luz del invierno, veré lo bastante al través de los cristales. ¿Consientes, verdad, Isabel? ¡Ah! ¡qué buena eres!

ISABEL. Vamos, cúmplase tu voluntad. Dentro de una hora volveré por tí... ya conoces á mistris Sara.

JUANA. Pierde cuidado, no me moveré.

ISABEL. (*Ap.*) Ríñame cuanto quiera la señora, no tengo valor para quitar á esa desgraciada la única dicha

que está en mi mano procurarle. (*Se dispone á salir por la derecha.*)

ESCENA III.

JUANA, ISABEL, RICARDO (*que entra por el foro, vestido elegantemente*).

RICARDO. (*Bruscamente.*) ¿Eres tú, Isabel?... ¿qué hacias aquí?... Quédate.

ISABEL. (*Turbada.*) Me es imposible, señorito.

RICARDO. (*En tono de imperio.*) Te digo que te quedes: necesito hablarte. Mi tio Enrique, que acaba de llegar de España, y mamá se han engolfado en la conversacion mas fastidiosa... Por no oirles, me he refugiado aquí.

ISABEL. Señorito Ricardo...

RICARDO. ¿Creerás que mi hermana Herminia se ha encolerizado ahora mismo porque me he reido de su nuevo traje?

ISABEL. Habeis hecho mal en reiros, permitid que os lo diga. La señorita Herminia tiene mas edad que vos, y por consiguiente debeis respetarla.

RICARDO. (*Echándose en el sofá, alargando las piernas y hundiendo las manos en los bolsillos.*) ¿Que la respete?... yo no debo respeto á nadie. Cuando llegue á la mayor edad y me encuentre poseedor de toda mi fortuna, seré el único amo en esta casa, y el que hoy no me obedezca, se arrepentirá mas tarde. Que no se te olvide, Isabel.

ISABEL. Largo me lo fiais, señorito. Mientras vuestra madre exista, ella será aquí la única que mande... y por lo que ahora hace, mistris Sara no piensa en dejar el mundo.

RICARDO. (*Brincando desde su asiento.*) Calla y harás bien, porque no estoy de buen humor. (*Con aire sombrío.*) ¡Lástima que no haya encontrado á Juana al paso!...

ISABEL. Verdaderamente es lástima, pues os hubierais complacido en atormentarla. No sé cómo no os avergüenza lo que estais diciendo: ¿no os basta el haber maltratado el otro dia á la pobre Juana sin razon alguna? (*Ap.*) Como no la descubra...

RICARDO. No, porque la detesto. Caros me ha de pagar los arañazos y mordiscos que me dió.

ISABEL. La desdichada no podia defenderse de otro modo de los martillazos que vos le dabais.

RICARDO. No debia defenderse cuando yo la corregia. Soy el jefe de la casa y ella no es mas que una mendiga.

ISABEL. Teneis empedernido el corazon, señorito Ricardo, y ruego á Dios que os conceda mejores sentimientos. (*Da un paso para retirarse.*)

RICARDO. (*Deteniéndole con el gesto y señalándole la cortina.*) Isabel, ¿qué es lo que hay detrás de esa cortina? mira como se mueve.

ISABEL. (*Temblando.*) Os engañan los ojos, señorito.

RICARDO. (*Dirigiéndose á la ventana.*) ¿Crees que estoy ciego?... Repito que hay álguien. (*Aparta la cortina y descubre á Juana con una risa sarcástica.*) ¡Ah! ¡ah! Juana, con que eres tú... Lo habia adivinado. ¿Qué haces aquí?

ISABEL. (*Ap.*) Bien lo temia yo.

(*Juana está sentada junto á la ventana, con los piés apoyados en las sillas y tiene un libro en la mano. Tiembla de piés á cabeza y fija en Ricardo los ojos amenazadores.*)

RICARDO. (*Retrocediendo como intimidado.*) ¿Por qué me miras así?... Responde de una vez. ¿Qué haces? ¿vienes á espiar? Responde ó... (*Levantando el látigo y amenazándola.*)

JUANA. ¡No me toques, Ricardo!... Hace un mes que te mordí... ahora...

RICARDO. (*Como burlándose.*) ¿Ahora, qué?

JUANA. (*Salta de la ventaua y va á ponerse delante de Ricardo con aire resuelto.*) Te mataria.

ISABEL. (*Interponiéndose.*) Juana, no harás tal.

JUANA. No, si no me maltrata.

ISABEL. (*Temblando y tratando de llevarse á Juana.*) Ven, Juana.

JUANA. (*Sin cesar de mirar á Ricardo.*) No, que se vaya él antes.

ESCENA IV.

DICHOS.— MISTRIS SARA, EL CAPITAN ENRIQUE HARDING, *entrando por el foro.*

SARA. (*Mujer de unos 40 años, altiva, de facciones duras, vestida espléndidamente. Viendo á Juana.*) ¿Juana aquí? (*A Isabel.*)

RICARDO. Mamá, Juana se ha escondido misteriosamente detrás de aquella cortina, y cuando la he descubierto, me ha amenazado con matarme si me acercaba á ella.

SARA. (*Reprimiéndose.*) ¡Amenazas!... (*A Juana.*) ¿Qué hacias en este aposento?

JUANA. (*A quien desde la entrada de mistris Sara ha sobrecogido un temblor convulsivo, y permanece con los ojos clavados en tierra. En voz baja.*) Leia, tia Sara.

ISABEL. Sí, señora... y yo...

SARA. (*A Isabel con el gesto.*) Retírate. (*Isabel se retira precipitadamente por la derecha. A Juana con severidad.*) ¿No te está prohibido subir al primer piso?

JUANA. Tia, la habitacion que me habeis destinado, es fria y oscura, y entré aquí durante la ausencia de Herminia, porque este salon es abrigado y alegre.

ENRIQUE. (*Sacudiendo la cabeza, á media voz.*) Sara, deja en paz á esa niña...

SARA. (*Lanzando á Enrique una mirada terrible, y luego dirigiéndose á Juana.*) Podias pedirme un libro y dispensarte de ser tan desobediente.

JUANA. (*Mirando fijamente á su tia.*) Es que no solo he venido á leer...

SARA. ¿A qué otra cosa pues?

JUANA. (*Con aire de triunfo.*) Para saludar á mi tio (*Señala el retrato.*) con motivo de ser hoy su cumpleaños.

SARA. (*Mordiéndose los labios. Ap.*) ¡Víbora!

ENRIQUE. (*Mirando á mistris Sara con sorpresa.*) Tiene razon Juana. Hoy es, en efecto, el segundia dia de Navidad... ¿Será posible que tan pronto le hayais olvidado todos en esta casa?

SARA. No es extraño que Juana le tenga tan presente: á la culpable indulgencia de mi difunto esposo debe la audacia y la arrogancia que han hecho de ella el ángel malo de nuestra familia. (*A Juana*

con dureza.) ¿No te he prohibido que te rices el pelo? ¿Has olvidado que Herminia no puede sufrirlo? Semejante peinado sienta bien á las jóvenes de opulentas familias destinadas á mandar un dia; pero no á las que como tú solo han nacido para servir... Responde, ¿por qué te has peinado de ese modo?

JUANA. (*Pasa maquinalmente las manos por los bucles de sus cabellos y los deja caer lentamente.*) Mirad, naturalmente se me pone así el cabello... Os juro, tia Sara, que no tengo yo la culpa de que se me caiga en bucles.

ENRIQUE. ¡Pobre niña! tiene razon.

SARA. (*Irritada.*)¿Es cierto que has amenazado de muerte á Ricardo?

JUANA. Sí; porque levantó su látigo para pegarme.

SARA. Pues te mando que le pidas perdon. (*Juana baja los ojos pero sin moverse.*) ¿Te niegas á hacerlo?

JUANA. (*Friamente.*)Sí, porque yo soy quien debe perdonar y no él. ¿Acaso Ricardo no me trata siempre de mendiga? ¿No me echa en cara todos los dias el pan que como en esta casa? Lo repito, señora, yo soy quien debe perdonar y no pedir perdon.

SARA. ¿Lo oyes, Enrique?.. ¿Lo oyes? (*A Juana.*) Retírate. (*Juana inclina la cabeza y se dispone á salir.*) Cuando yo mande llamarte, volverás á ver este aposento, pero será por la última vez. (*Juana la mira con asombro.*) Retírate ya. (*Juana se va lentamente por la derecha.*)

RICARDO. Corro á contar esta escena á Herminia... (*Ap. y alegre.*) Se va á volver loca de contento. (*Sale corriendo por el foro.*)

ESCENA V.

MISTRIS SARA, ENRIQUE.

SARA. (*Estallando.*) Ya has visto y oido á esa víbora que hemos avivado en nuestro seno... ¿Comprendes ahora la aversion que esa muchacha me ha inspirado y lo que he padecido desde que envenenó mi casa con su presencia? Dios mediante, pronto habré puesto fin á ese tormento.

ENRIQUE. He vivido durante mucho tiempo lejos de aquí

para poder juzgar la situacion; pero estoy convencido de una cosa, y es que la posicion de esa huérfana á tu lado es falsa y sobre todo triste. Su irascibilidad, lo salvaje de su carácter, es sin duda alguna resultado de una educacion defectuosa, pues esa infeliz está dotada de una rara energía y de una dignidad natural... Como quiera que sea, me cuesta trabajo explicarme el odio que le tienes, porque tú la odias, Sara.

SARA. ¡Sí; la detesto! Es posible que la haya educado mal, es posible que no haya querido educarla bien, como quieras; pero lo cierto es que esa criatura ha crecido entre nosotros como la cicuta en la pradera; ha maleado á mis hijos, les ha maltratado, ha interrumpido mi reposo. No perdoné medios para hacerla tratable, obediente; todos fueron inútiles: es incorregible... nos aborrece y afronta mi voluntad... Sí, fuerza es que parta: solo de este modo renacerá la paz en mi casa. Juana, hermano mio, es el vivo retrato de su madre...

ENRIQUE. De su madre con quien simpatizabas muy poco, si no me engaña la memoria.

SARA. Así es y no me faltaban motivos... Ella cubrió de vergüenza nuestro nombre casándose con un miserable que murió despues de haber dilapidado ignominiosamente su fortuna. Tú no sabes, Enrique, los tormentos que padecí desde la noche en que vino á pedirnos asilo, y en que el débil, el por demás sensible Arturo, la recibió con los brazos abiertos. Me fué preciso soportar su odiosa presencia, cuidarla como á una hermana, y aguardar á que la muerte me librara de ella. Murió al fin y creí que estaba agotado el caliz de amargura... me engañé... me faltaba apurar las heces. ¡Habia confiado su hija á mi esposo! Arturo era severo y tenaz, y no me atreví á manifestarle cuánto aborrecia á aquella criatura que poseia toda su afeccion, toda su ternura... Idolatraba á Juana, sentábala en sus rodillas, jugaba con los rizos de su cabello y se complacia oyéndola balbucear, durante horas enteras. La preferia á sus propios hijos, pues en cierta ocasion en que los tres estaban enfermos, Arturo permaneció noche y dia

junto á la cama de Juana... Solo tuvo ojos para contemplar el peligro que corria, solo tuvo oidos para sus quejas, y abandonó á Ricardo y á Herminia á mis cuidados y al destino. Y yo, madre, tuve que devorar en silencio mi dolor! Finalmente, me hizo jurar que no abandonaria nunca á su amada Juana y que la educaria como á uno de mis hijos! ¡Como á uno de mis hijos á esa mendiga! Enrique, ya no puedo con semejante carga. Demasiado he hecho ya por esa ingrata para que mi conciencia esté tranquila. ¿No he hecho con ella oficios de madre durante catorce años? ¿No he apurado todos los medios para volverla sumisa y obediente? ¿Y qué he conseguido? ¡¡Nada!! Esto, hermano mio, no puede continuar mas tiempo.

ENRIQUE. ¿Pero cuál es tu proyecto con respecto á Juana?

SARA. Mandarla al establecimiento de Lowood. El director, que llegó ayer, está de acuerdo conmigo y se la llevará hoy mismo.

ENRIQUE. A no engañarme, el establecimiento de Lowood es una casa de huérfanos, una especie de escuela de caridad en una comarca insalubre á 80 millas de aquí.

SARA. Una casa de huérfanos, sí... Por lo que hace á la comarca no la conozco; pero sé que en aquel asilo se instruye severa y cristianamente á las jóvenes, y se las acostumbra al trabajo y á la sumision. Pagaré anticipadamente su pension de cuatro años, y Juana completará su educacion en el establecimiento. Al salir de allí, podrá buscar una plaza de criada ó de maestra, segun haya empleado mas ó menos bien el tiempo. Creo que de este modo habré cumplido el deber que me impuso la voluntad de mi esposo.

ENRIQUE. Tardía es la resolucion, Sara, y me parece que obrando así, no cumples la promesa que hiciste á tu marido. De seguro que no quiso que su hija adoptiva fuese relegada á una casa de beneficencia.

SARA. Por cierto que no. (*Con amargura.*) El primer colegio de Londres le habria parecido modesto para Juana, y á tener tiempo para testar, sin duda la habria favorecido mas que á sus hijos. Por lo demás (*Volviéndose vivamente á Enrique.*), si, como

parece, no apruebas mi conducta, depende de tí encargarte de esa amable criatura; te la entregaré de todo corazon.

ENRIQUE. Ya sabes que mi fortuna no me permite asegurar la suerte de esa desdichada.

SARA. Entonces déjame obrar á mí. Todo el mundo sabe lo que he hecho por esa extraña, y creo que merezco los elogios que me tributan.

ENRIQUE. Yo te felicito por ello, si no te dice otra cosa la conciencia. (*Sara va á contestarle.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—ISABEL, EL DOCTOR BLACKHORST, *á poco* JUANA.

ISABEL. (*Entrando por el fondo.*) Señora, el señor doctor Blankhorst os ruega...

SARA. Llega á tiempo... Llama á Juana.

ISABEL. Voy, señora. (*Va á la puerta del fondo, la abre y se retira por la derecha despues de la entrada del doctor.*)

DOCTOR. (*En traje parecido al de un eclesiástico: tiene 50 años, duro y frio el semblante, y es muy reverencioso.*) Os habeis dignado, señora...

SARA. (*Afectando dulzura y dignidad.*) Bien venido seais, mi respetable doctor. (*Va á sentarse en el sofá y le indica el sillon.*) Os aguardaba con impaciencia.

DOCTOR. Sois buena por demás, señora. (*Se sienta y saluda á Enrique.*)

SARA. Lo repito con impaciencia, pues veo en vos el instrumento que el Señor ha escogido para volver al camino de salvacion las almas extraviadas.

DOCTOR. Bendeciré á Dios, señora, si me ayuda á volver al redil la jóven oveja que á pesar de vuestros beneficios, segun me indican vuestras cartas, se ha separado del buen camino.

SARA. Os debia esa triste verdad, doctor, para que podais trabajar con gusto. (*Entra Juana y se detiene en el dintel. Sara la ve y la dice.*) Acércate... (*Juana se adelanta con sorpresa é inquietud.*) Para completar la reseña que con respecto á Juana Eyre llevo hecha, os diré, doctor, que he observado para con ella la conducta que el cielo nos

manda observemos para con los huérfanos. Desde la edad de dos años Juana vive en mi casa, la he tratado como á mis hijos, la he educado como á ellos, pero la semilla de mi bondad ha caido en un terreno árido. (*Exhalando un suspiro hipócrita.*) Esta niña no tiene corazon, es ingrata, mentirosa é hipócrita... Me he valido de todos los recursos para corregir su carácter indómito... mis esfuerzos han sido infructuosos, y su felicidad futura me obliga á confiarla á manos mas severas que las mias.

DOCTOR. Es horroroso lo que me estais contando, señora; pero tranquilizaos: he corregido mas de una naturaleza rebelde, y con la ayuda de Dios mejorará esta.

SARA. Juana Eyre, hé aquí el hombre venerable á quien desde este momento confio tu suerte. Dentro de algunos dias entrarás en el asilo de Lowood donde permanecerás cuatro años.

JUANA. (*Con un arranque de alegria.*) ¿Es cierto lo que acabo de oir? Dejaré esta casa?

SARA. Sí.

JUANA. ¿Iré á la escuela?

DOCTOR. Sí, Juana... á una escuela donde los malos corazones aprenden á temer y á adorar al Todopoderoso.

JUANA. (*Con dignidad.*) Mi buen tio Arturo se encargó ya de enseñarme eso, señor... Reconozco y amo á Dios que en su solicitud por los desgraciados me envia lejos de aquí. (*Vivamente.*) ¿Conque podré estudiar en vuestra casa, caballero? ¡Oh! gracias... Me agrada mucho el estudio; soy muy aplicada y quiero saber todo, todo cuanto pueda hacerme libre é independiente.

DOCTOR. En este caso, señorita, empezareis por aprender la humildad, pues es lo primero que se exige en un asilo de huérfanos como el de Lowood.

JUANA. ¿Un asilo de huérfanos? ¿Me mandais á un asilo de huérfanos, señora?

ENRIQUE. Sí, pobre Juana. (*Enternecido y en voz baja.*)

JUANA. ¿Lo oyes, bienhechor mio? (*Levantando la cabeza y dirigiéndose al retrato.*) Tu hija adoptiva, tu Juana á quien tanto amabas, es arrojada de esta casa! Un asilo de huérfanos va á ser su refugio!... Bien está. En todas partes viviré al amparo de tu mi-

rada, sombra querida... Ya no seré mala, como me llaman aquí, pues si el odio continúa persiguiéndome, será el de los extraños y no el de los que se llaman parientes mios!

ENRIQUE. (*Ap.*)¡Qué noble altivez!

DOCTOR. ¡Dios eterno! ¡qué lenguaje! (*Juntando las manos.*) Habeis sido demasiado indulgente, señora, no me lo habeis dicho todo. (*Se levanta y se dispone á retirarse.*)

JUANA. (*Muy conmovida va á impedir resueltamente el paso al doctor: sus ojos echan fuego, tiémblanle los labios; pero sus movimientos son tranquilos.*) No, caballero, Mistris Sara no os lo ha dicho todo; por eso quiero que lo oigais de mi boca.... vais á conocerme antes de que os siga, antes de que deje para siempre esta casa! Mistris Sara os ha dicho que soy ingrata, y esto es una impostura!... mi corazon no olvida nunca un beneficio, la mas ligera muestra de bondad queda grabada en mi alma agradecida. (*Al doctor.*) Mistris Sara os ha dicho que soy mentirosa... os ha dicho que soy hipócrita... tambien en esto me calumnia. Si yo pudiese mentir, os diria: Mistris Sara ha sido una madre para la pobre huérfana; si fuese hipócrita, lloraría delante de esa mujer, me lamentaria de que me echara de su casa; pero lejos de eso, os digo en presencia suya que la detesto con todas las fuerzas de mi vida por los tormentos que me ha hecho padecer desde que empecé á pensar y á sentir.

SARA. (*En el colmo de la sorpresa y del horror.*) ¡Miserable! ¿Cómo te atreves á hablar así?

JUANA. (*Con dolor y con voz ahogada por el llanto.*) Me atrevo, mistris Sara, me atrevo, porque he dicho la verdad. ¿Creisteis que me faltaban fuerzas y energía? os equivocasteis. El miedo me tuvo paralizada; pero no puedo ya con el peso de vuestra crueldad y lo arrojo lejos de mí. Si soy mala, lo debo á vos, que habeis ulcerado mi alma á fuerza de tratarme con crueldad; pero lo que no habeis podido hacer de mí, gracias al cielo, es una perjura como vos. (*Extiende el brazo hácia mistris Sara.*)

ENRIQUE y EL DOCTOR. ¡Desgraciada! (*Lanzándose hácia Juana.*)

SARA. (*No pudiendo contenerse.*) ¡Juana!

JUANA. (*Fuera de sí.*) Sí, una perjura, porque en su lecho de muerte jurasteis á vuestro esposo tratarme como á hija, amarme con el cariño de una madre, y habeis apurado contra mí vuestro rencor... Me habeis desterrado de los aposentos habitados por vos y vuestros hijos; no habeis querido darme maestros, para que fuese una ignorante...y no satisfecha con esto, quereis encerrarme en una casa de mendicidad. Así habeis cumplido vuestro juramento. (*Con exaltacion y señalando el retrato.*) ¡Ah! si le encontrais en el otro mundo y os pregunta: ¿qué hiciste de la hija de tu hermana? Respondedle: cometí un sacrilegio; me burlé de mi juramento; atormenté sin razon á la pobre huérfana y la eché de mi casa como una ladrona y una infame! Respondedle esto, si teneis valor. (*Pausa durante la cual todos los personajes permanecen mudos de estupor.*) ¡Ahora, caballero, ya me conoceis! Me habria muerto á no poder decir, una vez á lo menos, lo que guardaba en mi corazon despedazado... Ahora, llevaos á Juana Eyre, y ved si podeis reparar los estragos que han causado en ella la crueldad y el odio de esa mujer.

SARA. ¡Ah!... ¡Qué vergüenza!!!

(*Mira con altivez á mistris Sara y se retira lentamente por el fondo. Esta cae temblando en el sofá, encendida de ira y vergüenza, y oculta la cabeza entre las manos. El doctor Blackhorst y Enrique se lanzan en su socorro.*)

ACTO PRIMERO.

Un salon adornado con colgaduras oscuras al gusto del siglo XVIII y amueblado segun el estilo de la misma época. Tres puertas en el fondo: la del centro es la de entrada principal: la de la izquierda conduce al aposento de Rochester, y la de la derecha á la biblioteca. En primer termino á la izquierda una ventana; á la derecha una chimenea con candelabros de plata, cuyas bujías están encendidas, y vasos preciosos. En la chimenea arde un buen fuego. Junto á esta un confidente y un velador: á la izquierda otro velador y dos sillones. En el fondo á la izquierda de la puerta del centro una mesa con servicio de té.

ESCENA PRIMERA.

MISTRIS CLARA, JORGE.

JORGE. ¡Ea! Todo está corriente: (*Yendo y viniendo.*) me parece que milord quedará contento, si es que se digna venir aquí á tomar el té.

CLARA. (*Ocupada en arreglar la mesa del té.*) ¿Y por qué no ha de venir?

JORGE. ¡Cáspita! Está hecho una furia, y se ha encerrado en su aposento sin saludar á nadie... ni aun á vos, mistris Clara, que sois su parienta.

CLARA. (*Sentándose en el sillon de la izquierda.*) Está en su casa, y puede hacer lo que mejor le parezca.

JORGE. Ya se ve que sí. ¿Pero por qué diablos lord Rochester se nos descuelga aquí de sopeton sin decir oste ni moste?

CLARA. Tal es su costumbre desde que volvió de las Indias. Pero ¿qué mala yerba habeis pisado que estais hoy tan gruñon?

JORGE. Bien lo sabeis vos, mistris Clara: en otro tiempo,

mi mujer, la buena Lucía lo era todo para vos; la queriais, os ocupabais de ella... pero desde que esa señorita, esa orgullosa Juana entró en esta casa, hemos sido relegados al segundo término.

CLARA. Vos y Lucía sois un par de locos. ¿Acaso la venida de Juana no ha sido una felicidad para la casa de milord? ¿No nos ha librado de las diabluras de esa graciosa niña que lord Rochester trajo de Francia? En tres meses ha dominado á esa criatura que nadie hasta entonces se habia atrevido ni siquiera á reprender. La señorita Juana es amable y complaciente; nunca manifiesta la menor curiosidad, y no es poco, Jorge; de modo que cada dia estoy mas contenta de que Dios nos la haya traido.

JORGE. Por todos los santos, mistris Clara, no hay razon para que os pongais tan enfadada. (*Con sorna.*) Dios quiera que la señorita Juana guste tanto á milord como á vos; de lo contrario, su señoría no tardará en dejarnos de nuevo.

CLARA. Me lisonjeo que la tratará como merece, y si se empeña en despedirla, será preciso que milord mande educar á su francesita en otra parte, pues estoy resuelta á no admitir otra aya en el castillo.

JORGE. Y hareis perfectamente. (*Con intencion.*) Pero perdonadme la curiosidad. ¿Sabeis cómo y por qué lord Rochester recogió á esa niña? ¿Os ha dicho á quién pertenece?

CLARA. (*Con sequedad.*) No... nada sé.
(*Se oye un campanillazo.*)

JORGE. Milord ha llamado.

CLARA. (*Temblando.*) Un campanillazo no mas... (*Se levanta.*) Llama al ayuda de cámara... (*Suena otra vez la campanilla.*) no, á vos... Aprisa, Jorge. (*Jorge se retira vivamente por la puerta izquierda.*) Se me antoja que Jorge tiene razon... Es muy probable que milord no salga esta noche de su cuarto... No obstante, si le diera el capricho de ver á la nueva aya... ¡Dios mio! y Juana que no ha vuelto aun... Mia es la culpa... (*Con inquietud.*) yo no debia aceptar la oferta que me hizo de ir en persona á echar la carta al correo de Hay-Lane... (*Paseándose agitada.*) La noche se nos viene encima y la pobre tiene que andar dos horas para estar de vuel-

ta... (*Se asoma á la ventana: su inquietud aumenta.*) Quiera Dios no le haya sucedido alguna desgracia...

ESCENA II.

DICHA *y* JUANA.

(*Esta lleva un vestido negro de cuerpo alto y cerrado: un cuello y vuelos de manga de fino encaje blanco: el peinado sencillo pero con gusto: su rostro si bien pálido indica cierto bienestar interior.*)

JUANA. (*Entrando por la puerta del centro.*) Os andaba buscando, mistris Clara.

CLARA. (*Volviéndose de repente.*) ¿Sois vos? ¡Ah! gracias al cielo... Ya me teníais con cuidado.

JUANA. ¡Qué buena sois!...

CLARA. El amo ha llegado durante vuestra ausencia.

JUANA. (*Con emocion.*) ¿Lord Rochester? ¿Y por qué no me lo dijisteis esta mañana?

CLARA. Porque ignoraba que hubiese de llegar: milord ha caido aquí como una bomba, como suele hacerlo.

JUANA. Decididamente hoy ha de ser dia de acontecimientos.

CLARA. ¿Por qué lo decís?

JUANA. (*Sonriéndose.*) Porque me ha sucedido una aventura singular. Voy á contárosla. Cansada del largo camino que acababa de andar, me senté en un banco de piedra, desde el cual me complacia en contemplar el magnífico cuadro de invierno que presentaba el campo, y decia para mis adentros que lord Rochester debia ser muy rico, por cuanto le pertenece toda la comarca que desde mi asiento veia, cuando oí el precipitado trote de un caballo que subia la cuesta. A poco un monstruoso perro de Terranova vino á dar vueltas en torno mio, mirándome con tamaños ojos... Asustada, dejé el banco, traté de huir; pero á los dos pasos me encontré enfrente de un caballero. Su caballo al verme se encabrita y arroja de la silla al ginete.

CLARA. ¡Gran Dios!

JUANA. Oigo de repente un grito agudo, seguido de un terrible juramento, y luego despues una voz profunda, sonora me interpela irritada: «Si no sois un espíritu maligno y no os da miedo mi caballo, alargadme la mano.» Yo temblaba como una azogada, pero quise echarla de valiente y conseguí sacar al desconocido de entre los piés del caballo que estaba tendido tambien. En cuanto el caballero se vió fuera de peligro, apoderóse de las riendas del animal, y exclamó: «Arriba, Merur, arriba.»

CLARA. ¿Llamaba Merur á su caballo?

JUANA. Sí; y Merur obedeció, pues haciendo un esfuerzo violento, se puso de pié. Lo primero que hizo su dueño, fué administrarle un latigazo tan vigoroso, que el animal se levantó de manos... «Mas mereces todavía,» dijo con la mayor serenidad. «¿Por qué me has derribado?»

CLARA. (*Temblando.*) ¿Y luego?

JUANA. El sombrío caballero quiso montar de nuevo, pero tenia lastimado un pié, y al parecer padecia mucho. Preguntéle si podia serle útil y... cosa mas original... al oir pregunta tan sencilla, me lanzó una mirada que me dejó transida de frio. En seguida me dijo: Permitidme que me apoye en vuestro hombro, débil caña, si no temeis que os rompa con mi peso. Me sonreí y me acerqué á él; luego apoyó en mi brazo una mano que parecia de plomo por lo pesada, y en menos de un segundo le ví de nuevo acomodado en la silla. Era muy natural que me diera las gracias, ¿no es verdad?... yo á lo menos lo creia así; pues al contrario... el misterioso caballero partió como el viento por en medio del campo sin decir esta boca es mia. Y aquí teneis la aventura. (*Risueña.*)

CLARA. ¡Pobre Juana! ¿Sabeis quién era el caballero? ¡El mismo lord Rochester!

JUANA. ¡Lord Rochester... á caballo!

CLARA. Sí... es una de sus muchas extravagancias... Suele dejar el carruaje en algun pueblo inmediato, y nunca sabemos cuándo ni de dónde llega... Como su caida no tenga funestos resultados... Ahora me explico por qué milord se ha retirado inmediatamente á su cuarto.

JUANA. (*Sonriéndose.*) Como quiera que sea, lord Rochester es muy poco amable.

CLARA. Nunca os he hablado de milord porque me disgusta la charla, pero ya es hora de que os haga algunas revelaciones. Oidme. Al morir su padre, lord Rochester, en su calidad de segundon, quedó pobre, al paso que su hermano mayor se encontró al frente de una fortuna inmensa. Pocos meses despues, nuestro amo partió para las Indias occidentales, en donde vivia casi olvidado, cuando murió tambien su hermano. Lord Rochester heredó los bienes de este, y regresó á Europa. Como ha pasado muchos años en tierra extranjera y la Jamaica no es un modelo de civilizacion, milord se volvió así... algo brusco... antojadizo; pero por lo demás es todo un caballero, y en cuanto á buenos sentimientos... Por otra parte, su carácter es hijo tambien de otras circunstancias bien tristes por cierto.

JUANA. Continuad.

CLARA. Milord casó hará quince años en la Jamaica con una criolla nacida de madre embrutecida por los licores. Al tratar de ese casamiento, todos se guardaron de manifestarle que el vicio de la madre venia trasmitiéndose, desde hacia tres generaciones, de padres á hijos, degenerando en locura con los años. A poco de verificado su enlace con Carlota Mason, el desdichado echó de ver el furor hereditario de su esposa y resolvió separarse de ella para siempre. Los licores habian turbado ya la razon de lady Carlota, y la pesadumbre de verse abandonada por su marido, lo inútil de sus esfuerzos por corregir un vicio que en ella se habia convertido en necesidad, la volvieron loca furiosa. Encerrada durante algunos años, en sus momentos lúcidos no cesó de escribir á milord amenazándole con el odio de los suyos, hasta que al fin murió en la mayor desesperacion. Ahora que os he hecho esta confianza os daré un consejo, y es que no hableis nunca á su señoría de su esposa Carlota Mason. Os lo aconsejo por vuestro bien.

JUANA. Mil gracias, señora... no lo olvidaré.

ESCENA III.

DICHAS.—JORGE.

JORGE. (*Entrando por la puerta de la izquierda.*) Su señoría tomará el té en este salon.

CLARA. ¿Quién está con milord?

JORGE. Adela y el doctor Sunley que su señoría ha mandado llamar. Lord Rochester ha caido de caballo.

CLARA. (*Mirando á Juana con aire significativo.*) ¿Y padece mucho?

JORGE. Lo ignoro: como nunca se queja... A propósito, milord desea ver á la nueva aya.

CLARA. ¿En seguida?

JORGE. No, señora; durante el té.

ESCENA IV.

MISTRIS CLARA, JUANA.

CLARA. (*Arreglando los muebles.*) No será grave la dolencia cuando milord deja su cuarto. La voz de la señorita Adela. (*Se oye la voz de un niño.*)

JUANA. ¡Cómo! ¿no la han acostado todavía?

CLARA. Cuando milord está en el castillo, nadie puede decidirla á que se acueste antes que su señoría. ¡Ah! creo que se acerca... (*Interrumpiéndose.*) Sí, sus pasos son... corro por el té. (*Se retira por la puerta del centro.*)

JUANA. No sé por qué, pero estoy conmovida. Poco ha faltado para que mi primer encuentro con milord le fuese funesto... Seguramente que no espera hallarme aquí.

ESCENA V.

DICHA.—ROCHESTER, ADELA, *detrás* JORGE *luego* MISTRIS CLARA.

ADELA. (*Viendo á Juana.*) Mira, Rochester, aquí está mi buena amiga Juana.

ROCHESTER. (*Es hombre de 40 años; su rostro indica fuerza, su frente gravedad, pelo y barba espesos y ne-*

gros, algo rizados. Lleva un ropon de terciopelo encima del traje de la época, y en la cabeza un gorro de terciopelo: su expresion es resuelta é imperiosa. Al entrar lleva de la mano á Adela, anda cabizbajo y no ve á Juana. A Adela en tono imperativo.) Está bien, Adela, está bien... Luego... ¡Jorge! (*Atraviesa la escena cojeando ligeramente.*)

JORGE. (*Vivamente.*) ¡Milord!

ROCHESTER. Acércalo mas al fuego... (*Señalando el confidente.*) En este viejo nido de buhos nada preserva del frio... ni ropones, ni fuego... (*Se muerde el labio y dobla involuntariamente las piernas.*) ¡Maldicion! ¡Jorge! dame el brazo.

JORGE. (*Acudiendo.*) ¡Milord!

(*Milord apoyado en Jorge se dirige al confidente.*)

ROCHESTER. Bien... retírate.

JORGE. Llegó vuestro turno. (*Al retirarse, á Juana por lo bajo.*) Que os vaya bien. (*Se retira por la puerta del centro: Rochester queda abismado en sus reflexiones.*)

ADELA. ¿Estás enfadado conmigo? (*Arrodillada delante de Rochester y acariciándole las manos.*)

ROCHESTER. (*Con sequedad.*) No.

ADELA. ¿Me has traido algo?

ROCHESTER. (*En el mismo tono.*) Tal vez.

ADELA. ¿Tal vez, dices?

ROCHESTER. Sí... como lo merezcas.

ADELA. Te digo que lo merezco. (*Levantándose y dando palmadas.*)

ROCHESTER. Veremos.

ADELA. ¿No es verdad, señorita? (*Corriendo á Juana.*) (*Juana le pone la boca sobre los labios y le dice algunas palabras al oido.—Entra mistris Clara y deja la tetera sobre la mesa.)*

ROCHESTER. (*Despues de dirigir una mirada oblicua á Juana.*) Buenas noches, prima.

CLARA. Dios os guarde, lord Rochester. (*Con interés.*) ¿Os ha acontecido algo desagradable?

ROCHESTER. Como siempre... Cuando venia, una mujer... ó mas bien una bruja, ha asustado á Merur.

JUANA. ¡Gracias por el favor! (*Aparte y sonriéndose.*)

CLARA. No habrá sido su intento... (*Confusa y mirando á Juana.*)

ROCHESTER. (*Reprimiendo su dolor.*) ¡Y qué importa! No

por eso ha dejado de ser causa del accidente. El té.

ADELA. Aguarda, aguarda, Rochester... eso me corresponde á mí... voy á darte la taza mas bonita. (*Corre hácia Clara.*)

CLARA. No, Adela, no... Todo lo echarias á rodar... eres muy atolondrada. Señorita Juana, á vos os toca. (*Juana coloca una taza en un plato de plata y se lo presenta á Rochester con toda sencillez.*)

JUANA. Dignaos, milord...

ROCHESTER. Sobre la mesa. (*Con tono seco: Juana obedece. Rochester levanta la cabeza y la mira.*) Por vida del diablo! es la bruja. ¿Sois la que he encontrado esta tarde en la carretera?

JUANA. La misma, milord... Al contar mi aventura á mistris Clara, he sabido á quién habia tenido el honor de hablar.

ROCHESTER. ¿Y cómo sabia ella?...

JUANA. El nombre del caballo le ha dado á conocer el del ginete.

ROCHESTER. ¡Encuentro mas singular! ¿Qué haciais allí?

JUANA. Volvia del correo de Hay-Lane, milord.

ROCHESTER. (*Mirándola atentamente.*) Supongo que no habreis embrujado el té como lo hicisteis con mi caballo.

JUANA. (*Con humildad.*) Creo, milord, que vuestra caida debe atribuirse á Merur, al cual mi presencia ha asustado, y no á un poder oculto...

ROCHESTER. (*Con sorpresa*). ¡Ah! ¡ah! Sentaos. Acercaos... mas... (*Juana obedece.*) Así. (*A Clara.*) A ver, otra taza para esta jóven.

JUANA. Mil gracias, milord.

ROCHESTER. (*Alegremente.*) Veo que me estais examinando detenidamente. ¿Os parezco buen mozo?

JUANA. No, milord.

ROCHESTER. Muy bien. No hay mas; teneis un no sé qué... ¿Sois la nueva aya?

JUANA. Sí, milord.

ROCHESTER. ¿Qué haceis de pié, prima? (*A Clara.*) Acercaos. (*Clara se sienta al otro lado de la mesa.*)

ADELA. Pero, Rochester, ¿qué me has traido? Veamos... habla.

ROCHESTER. ¿Es acreedora á algun premio? (*A Juana secamente.*)

JUANA Sí, milord.

ROCHESTER. Bien está. Anda, dile á Patricio que te dé la cajita. (*A Adela.*)

ADELA. ¡Oh! gracias, gracias... (*Reflexionando.*) Pero...

ROCHESTER. ¿Pero qué?

ADELA. ¿Has pensado en mi amiga Juana? ¿Le traes tambien un regalo?

ROCHESTER. No lo sé. (*Observando á Juana con desconfianza.*)

ADELA. Si te has olvidado, partiré con ella lo de la cajita. ¿Quieres, Rochester? ¿Y tú, Juana? (*Esta da un beso á Adela que se va corriendo por la puerta izquierda.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* ADELA.

ROCHESTER. ¿Contabais con un regalo, señorita?... ¿Os gustan los regalos?

JUANA. Lo ignoro, milord, por cuanto nunca los he recibido; pero generalmente son considerados como agradables.

ROCHESTER. Os pregunto *vuestra* opinion.

JUANA. Necesito reflexionar antes de responder á una pregunta que no tengo por sencilla... Hay regalos y regalos.

ROCHESTER. Sois menos natural que vuestra discípula... á los cinco minutos de haberme visto, ya me pidió algo. Hay mas estudio en vuestro modo de proceder.

JUANA. Es que tengo menos derechos que ella con respecto á vos. ¿Con qué título?...

ROCHESTER. (*Impaciente.*) Esa es modestia calculada. He examinado á vuestra discípula, y creo que os habrá dado mucho que hacer. En poco tiempo ha hecho rápidos progresos.

JUANA. (*Inclinándose.*) Ese elogio es el regalo mas grato para mí. Cualquier otro venido de vos tendria ahora poco valor á mis ojos.

CLARA. (*Aparte.*) Eso se llama hablar bien.

ROCHESTER. (*Mira á Juana con cierto interés: toma la taza y bebe.*) ¡Hum! ¿Cómo os llamais? (*Con mas atencion.*)

JUANA. Me llamo Juana Eyre, milord.

ROCHESTER. ¿De dónde vinisteis?

JUANA. Del asilo de Lowood.

ROCHESTER. ¡De Lowood! (*Con aire de compasion.*) ¿Y habeis vivido allí mucho tiempo?

JUANA. Ocho años, milord.

ROCHESTER. ¡Ocho años!... Al régimen de aquel establecimiento debeis sin duda esa palidez... ¿Sabeis que en el camino os tomé por un espectro? ¿Y qué habeis hecho durante ese tiempo en Lowood?

JUANA. Pasé los cuatro primeros instruyéndome... y luego, como dejaron de pagar mi pension, vime obligada á solicitar, y obtuve un empleo de profesora.

ROCHESTER. (*Con compasion é ironía.*) ¿Y cómo fué que vinisteis aquí?

JUANA. Leí en un periódico que en vuestro castillo deseaban encontrar una aya... las condiciones eran ventajosas... y como deseaba conquistar mi libertad, me sentí con fuerzas para cumplir honrosamente mi deber, y mandé mis certificados á mistris Clara que en seguida me hizo venir.

CLARA. Y es lo mejor que he hecho en mi vida.

ROCHESTER. (*Sin cesar de observar á Juana.*) Quién sabe.

CLARA. ¿Qué quereis decir, milord?

ROCHESTER. Nada, nada, Clara. (*A Juana.*) Huérfana sereis sin duda, toda vez que os educasteis en Lowood.

JUANA. No he conocido á mis padres.

ROCHESTER. Pero tendreis familia, hermanos, hermanas.

JUANA. No, milord.

ROCHESTER. Tios, parientes...

JUANA. Tenia... un excelente tio... murió. No tengo nadie.

ROCHESTER. ¿Nadie?... (*Insistiendo.*)

JUANA. Varias veces me han hablado de un hermano de mi padre que residia en América y á quien nunca he visto. Estoy sola en el mundo, milord.

ROCHESTER. (*Con una sonrisa sarcástica.*) Sola, pero no sin apoyo, á lo que parece.

JUANA. (*Con sorpresa.*) No os comprendo.

ROCHESTER. (*Poniéndole la mano en la frente.*) Quiero decir que teneis aquí algunas tropas auxiliares... Pero vamos á ver... ¿Cuál es vuestro nombre, señorita?

JUANA. Eyre... me llamo Juana Eyre.

ROCHESTER. Es verdad, se me habia olvidado. ¿Y qué ha-

bies aprendido en Lowood? ¿Sabeis música?

JUANA. Un poco.

ROCHESTER. ¿Un poco... Todas las colegialas dicen lo mismo... Un poco... esto es... casi nada.

JUANA. Teneis razon, milord.

ROCHESTER. ¿Son vuestros los dibujos que Adela me ha enseñado ahora poco?

JUANA. Sí, milord.

ROCHESTER. ¿Quién os los ha corregido?

JUANA. (*Vivamente.*) Nadie.

ROCHESTER. (*Con ironía.*) ¡Ah! bien... orgullo herido... ¿Teneis otros dibujos?

JUANA. Sí, milord; mi album contiene algunos.

ROCHESTER. Id por él... (*Juana se levanta.*) Digo... os ruego que (*Dominándose.*) vayais por él. (*Juana se dirige hácia el fondo.*) Aguardad... Si el album no contiene mas que copias, dejadle.

JUANA. (*Volviéndose.*) Solo contiene originales. (*Se retira por la puerta de la derecha.*)

ROCHESTER. Tontuela como esa... (*Siguiéndola con los ojos.*) Va á traerme algunos pintarrajos.

CLARA. (*Casi enfadada.*) No lo creo, milord. Cuando Juana dice: quiero hacer eso, podeis estar seguro de que puede hacerlo.

ROCHESTER. Eso es... así... con vuestras lisonjas la habreis echado á perder. Su modestia tiene traza de ser aparente y no mas, pues en mi presencia ha manifestado una seguridad que en pocas personas he observado.

CLARA. Lo que puedo deciros, milord, es que no habeis de hallar otra aya igual, si despedís á Juana.

ROCHESTER. (*Con sequedad.*) ¿Y quién os habla de despedirla? (*Juana vuelve á entrar con un album que deja encima de la mesa delante de Rochester.*) Sentaos. (*Abre el album y le ojea.*) Aguadas... ¿Pintais?

JUANA. Sí, milord... Para expresar pensamientos me sirvo del lápiz, pero me valgo de los colores para dar cuerpo á los sentimientos.

ROCHESTER. (*Asombrado.*) ¡Preciosos asuntos á fe mia! ¡Qué imaginacion tan sombría! ¡Qué sorprendentes concepciones! El mar tempestuoso, mástiles rotos, cadáveres flotando... ¡Y qué color... qué movimiento en todo! ¿Dónde diablos hallais los modelos, señorita?

JUANA. En mi cabeza, milord.

ROCHESTER. ¿Y sabriais hallar en ella otros parecidos?

JUANA. Parecidos y tal vez mejores. (*Rochester sigue examinando el album, se quita lentamente el gorro y lo deja encima de la mesa mirando al soslayo á Juana.*)

ROCHESTER. ¡Dibujos muy curiosos para una colegiala!... En cuanto á las concepciones, no hay duda, son de otro mundo. (*Levantando de repente la cabeza y cerrando bruscamente el album.*) ¡Basta ya!... Esas niñadas acabarian por dormirme... ¿Qué hora es? (*Volviendo á abrir el album.*)

CLARA. Las nueve.

ROCHESTER. (*De mal humor.*) Las nueve y Adela no se ha acostado todavía... ¿Qué es eso, señorita Juana? ¿Pretendeis por ventura introducir nuevas costumbres en mi casa? (*Se levanta, da algunos pasos, se detiene y se muerde los labios.*) ¡Infierno! ¡maldita pierna!... (*Cambiando repentinamente de tono.*) Conservaré durante mucho tiempo el recuerdo de vuestro horrible sombrero de castor, señorita Juana. Buenas noches. (*Se retira por la puerta de la izquierda andando penosamente, con el album debajo del brazo. Juana se ha levantado al mismo tiempo que él y le observa tranquilamente siguiéndole con los ojos cuando se retira.*)

CLARA. (*Con ansiedad.*) ¿Qué mosca le ha picado? ¡Y yo que creia que habiais ganado la partida!

JUANA. Se me figura que no la he perdido.

CLARA. ¿Os parece?

JUANA. En cuanto se haya acostumbrado á la bruja espantosa y á su horrible sombrero de castor, conseguiré, si no me engaño, vivir en paz con él. La entrevista con milord me hizo olvidar el cansancio, y siento ahora que tengo necesidad de reposo.

CLARA. Ya os sigo. Voy á mandar á Jorge que apague las luces. (*Ap.*) (No hay mas... tiene razon milord... si no es bruja, poco le falta.)

JUANA. Buenas noches, mistris Clara.

CLARA. Buenas noches, Juana. (*Se retiran por la puerta del centro echando cada una por su lado.*)

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUANA *sola, de pié junto á la ventana y mirando hácia el exterior.*

¡Qué hermosa está la naturaleza! ¡Cómo renace todo á las primeras brisas de la primavera! La violeta se abre camino por entre el musgo que la protegia contra la nieve... ensayan los pajarillos sus agradables cantos... y yo renazco tambien á la vida... Despojados de sus hojas estaban los árboles cuando llegué aquí, despues de ocho años de encierro en el asilo de la caridad. Hoy brilla el sol y me encuentro en un castillo espléndido, rodeada de atenciones y respeto. Bórranse lentamente de mi espíritu los recuerdos de la niñez... inunda mi corazon una alegria desconocida, indefinible que milord trata de adivinar. (*Pausa.*) ¡Milord!... ¿por qué pienso en él? ¿Cómo no me causa á mí miedo alguno ese hombre que hace temblar á cuantos le rodean?

CLARA. (*Dentro.*) Aprisa, Lucía, aprisa... Que enciendan fuego en los aposentos de los forasteros... ¿estais?

JUANA. Los aposentos de los forasteros... ¿Qué significa?...

ESCENA II.

DICHA.— MISTRIS CLARA, PATRICIO.

CLARA. (*Entrando precipitadamente.*) ¡Jorge! ¡Jorge!... ¿Dónde se habrá metido? ¿Dentro de una hora, Patricio?

PATRICIO. Ni mas ni menos, mistris... Milord estará aquí dentro de algunos minutos. Los demás le siguen en carruaje.

CLARA. ¡Se ha visto cosa igual!... ¡Llegar así... sin avisar siquiera! (*Viendo á Juana.*) ¡Ah! Juana, os andaba buscando... Ea, id á vestiros... poneos de veinte y cinco alfileres... en vuestro cuarto hallareis una caja de carton que... (*Sorpresa de Juana.*) Nada de sorpresa, amiguita, y sobre todo, daos prisa... no hay que perder tiempo... ya habeis oido que van á llegar cuanto antes.

JUANA. ¿Quién, señora? ¿Por qué he de ir á vestirme?

CLARA. Leed y vereis... (*Entregándole un billete abierto.*) ¿Pero y Jorge? ¡habrá marmota!... ¡Jorge! ¿Estais sordo? (*Se retira por la puerta de la izquierda.*)

PATRICIO. Va á enfermar, ni mas ni menos.

JUANA. «Una hora despues de la llegada de Patricio, es»taré en el castillo con algunos huéspedes... Mis»tris Clara dispondrá aposentos para dos damas y »un caballero. El vestido de raso color de rosa »que mando en la caja de carton es para el aya á »quien encargo que prepare el té. Deseo que se »presente á mis amigos convenientemente vestida. »Rochester.» (*Aparte y como despechada.*)¡El aya... como si yo no tuviese nombre! (*A Patricio.*) Es decir, que tenemos que recibir á unas damas.

PATRICIO. ¡Y hermosas á fe mia!... (*Con malicia.*) Digo... la jóven... en cuanto á la vieja... Francamente, si no fuese lady no me gustaria.

JUANA. Con que la jóven...

PATRICIO. A mí me pareció bellísima, y lo mismo parece á muchos.

CLARA. (*Entrando.*) Gracias á Dios, ya queda arreglado todo. ¿Pero qué veo? ¿Qué estais haciendo, Juana? ¿Tan poca es vuestra curiosidad por ver el vestido que milord?...

JUANA. (*Friamente.*) Muy poca... toda vez que no pienso ponérmelo.

CLARA. ¿Es posible? Cuando su señoría lo ha hecho venir expresamente de Londres... ¿no es cierto, Patricio?

PATRICIO. Ni mas ni menos: y ha sido cortado segun la medida de la doncella de lady Clarens que tiene á corta diferencia el mismo talle que la señorita Juana.

JUANA. ¿Quién es esa lady Clarens?

CLARA. Una jóven viuda, bonita, pero pobre, que vive á pocas leguas de aquí, y cuyo esposo era íntimo amigo de milord.

JUANA. Su visita será probablemente preludio de casamiento.

CLARA. Es mas que probable.

JUANA. ¡Dios mio!

CLARA. Patricio, bajad á las caballerizas y que nada falte. (*Patricio se retira por la puerta del centro.*) Vamos, Juana... no desaireis á milord... El vestido...

JUANA. Os lo repito, señora... no me lo pondré.

CLARA. Como gusteis, señorita... Vuestra será la culpa si milord se enfada... Pero aquí está ya.

ESCENA III.

DICHAS.— ROCHESTER.

ROCHESTER. (*Entrando vivamente en traje de montar y con el látigo en la mano.*) ¡Jorge! ¡Patricio!... ¡Rayos y centellas!... ¿por dónde andan esos truhanes? (*Viendo á Juana y moderándose.*) Perdonad, señorita; no os habia visto.

JUANA. Dios os guarde, milord.

ROCHESTER. Prima, ¿se han cumplido mis órdenes?

CLARA. Al pié de la letra... y voy á ver...

ROCHESTER. Sí, id y que nada falte. (*Clara se retira. Juana da un paso para seguirla.*) ¿Huís de mí, señorita?

JUANA. Nada de eso, milord. (*Deteniéndose.*)

ROCHESTER. Veo que no os habeis puesto el vestido nuevo.

JUANA. No, milord. Agradezco la atencion, pero no puedo aceptar semejante regalo.

ROCHESTER. ¿Y por qué no?

JUANA. Porque es demasiado rico para una jóven de mi condicion. (*Sonriéndose.*) Además, el color de rosa no me sienta bien... Hay semblantes que no pueden soportar colores vivos.

ROCHESTER. (*Rudamente.*) ¡Esa es una disculpa, señorita!

JUANA. Milord...

ROCHESTER. La altivez es lo que os aconseja que no aceptéis mi regalo... os conozco demasiado. Vuestra sencillez oculta un orgullo desmedido... (*Movimiento de Juana.*)

JUANA. (*Suplicante.*) ¡Milord!...

ROCHESTER. ¡Nada de réplicas!... Sí, os sublevais interiormente contra mis modales imperiosos, brutales! lo sé... (*Moderándose.*) Qué quereis, señorita... soy mas digno de lástima que culpable. Dolorosos sucesos han influido en mi carácter... y... ¿Pero qué teneis, que me mirais así? ¿En qué estais pensando?

JUANA. Me preguntaba á mí misma si hay muchos amos que se tomen el trabajo de indagar si sus modales disgustan á sus servidores.

ROCHESTER. Y os respondiais negativamente... quedando sorprendida. Pues bien, ya que no sabeis distinguir entre un criado y vos, voy á trocar en asombro vuestra sorpresa. Escuchadme. Si he venido al galope para llegar con una hora de anticipacion á los huéspedes á quienes aguardo, fué para deciros que me lamento de no haber sido mas franco con vos, desde el dia en que os conocí, si bien vuestra glacial reserva ha sido causa de mi frialdad. Señorita Juana, va para seis meses que os habeis hecho cargo de la educacion de Adela, ¿y aun ignorais qué lazos existen entre esa niña y yo?

JUANA. Pregunta es esa, milord, que nunca me he dirigido.

ROCHESTER. (*Mirándola fijamente.*) No disimuleis... Hablais muy poco para que no penseis mucho... ¿Habeis creido que Adela es mi hija?

JUANA. No, milord... Pero suponiendo que lo fuera, no debeis darme cuenta de eso.

ROCHESTER. Pues yo quiero hacerlo y nadie tiene el derecho de oponerse á mi voluntad.

JUANA. ¡Como gusteis, milord!

ROCHESTER. Hace nueve años que en medio de la tormenta que agitaba á la Francia, arrastrado por la

edad y por un deseo irresistible de emociones, conocí en París á una mujer á quien creí digna de mi afecto, y que no tardó en hacerme arrepentir de mi error. Adela es la única prenda que de aquellas relaciones hé conservado, y no porque crea que tiene derechos á mi ternura, en vista de los falsos juramentos de su madre, sino porque tuve piedad de esa débil é inocente criatura, abandonada por una mujer sin entrañas, arranqué á Adela del fango de París, para transportarla al terreno sano y sólido de un jardin inglés. Veremos si la tierna planta se aprovechará de ello. Ahora, señorita, ¿os dignaréis dedicar vuestros cuidados á esa niña?

JUANA. ¡Con mucho gusto, milord! Adela no es responsable de vuestras faltas ni de las de su madre. Ya la queria yo entrañablemente; pero ahora que sé que es huérfana, la consideraré como á una hermana y me consagraré á ella con mayor celo si cabe. Os doy gracias por vuestra franqueza y por esa muestra de confianza, milord. Yo tambien soy huérfana y esta es una garantía de la promesa que acabo de haceros. Yo la amaré doblemente, puesto que nadie la ama, y no la dejaré nunca. A menos que me despidais. (*Se interrumpe y observa á Rochester.*)

ROCHESTER. Sois extremadamente buena y no olvidaré vuestra promesa. ¿Me jurais ahora no dejar esta casa sino cuando se os despida?

JUANA. Os lo juro.

ROCHESTER. (*Alargándole la mano.*) ¿Me permitireis que os estreche la mano?

JUANA. (*Presentándosela.*) Yo soy en ello la honrada.

ROCHESTER. (*Besándola la mano.*) ¡Gracias, Juana! ¡Cuidado, Rochester!! (*Ap. Reprendiéndose.*) Si no tratas de corregir tus impulsos, es muy posible que caigas en tus propias redes. (*Óyese rodar un carruaje: va anocheciendo.*) Ya está aquí... No quiero que sepan que he llegado antes que ellos. (*Toca la campanilla.*) ¡Clara! ¡Clara! (*Mistris Clara entra por el fondo.*) Salid al encuentro de mis huéspedes y acompañadles al salon; pero no les digais que he llegado ya.

CLARA. Voy corriendo. (*Se retira por el fondo.*)

ROCHESTER. (*Con dureza á Juana.*) Señorita, recibid á los convidados y aguardad con ellos mi llegada. (*Se dirige hácia la puerta de la derecha, luego se detiene y dice con dulzura.*) Perdonadme, Juana... no soy dueño de mi mismo... ¿Os dignareis recibir á esos forasteros? ¿Me hareis este obsequio?

JUANA. Con mucho gusto.

ROCHESTER. Sois muy amable.

JUANA. ¡Favor que me dispensais, milord!

ROCHESTER. ¡Es interesante esta muchacha! Vamos, Rochester, no empieces por hacer el cadete si no quieres concluir por volverte loco. (*Vase.*)

JUANA. (*Siguiéndole con la vista.*) ¡Hombre mas singular!! ¡qué mezcla de aspereza y bondad! Difícilmente me recobro de mi asombro... ¿A qué lo que me ha manifestado con respeto á Adela? Nunca le ví tan amable como hoy. ¡Con qué entusiasmo me estrechó la mano!... ¡Qué brillo tan extraño en sus ojos! ¿Por qué?...

ESCENA IV.

DICHA.— MISTRIS SARA, SIR GUILLERMO, HERMINIA, MISTRIS CLARA, JORGE.

(*Jorge abre las puertas del centro llevando dos candelabros con bujías encendidas que deja encima de una mesa en el proscenio.*)

CLARA. (*Desde el fondo.*) Dignaos descansar un momento en este salon. Los aposentos no están arreglados todavía.

SARA. (*Que ha entrado del brazo de sir Guillermo y se sienta en el sofá.*) Gracias, caballero.

(*Juana luego que ha visto entrar á mistris Sara se ha retirado paso á paso hasta el fondo de la escena llena de asombro y llevándose la mano al corazon.*)

JUANA. ¡Cielos! ¡Mi tia! (*Aparte.*)

HERMINIA. (*A Clara.*) ¿No ha llegado todavía lord Rochester? Creíamos que se nos habia adelantado...

CLARA. (*Confusa.*) Milord no puede tardar, señora. (*A una seña de Clara, Jorge se retira.*)

GUILLERMO. (*Con aire burlon.*) Extrañeza como ella... dejarnos de repente! Confieso que me sorprendió la conducta de su señoría.

HERMINIA. (*Con desden á Guillermo.*) Lord Rochester es hombre muy superior para que se detenga en esas puerilidades, sir Guillermo... No se parece á vos.

GUILLERMO. Estoy muy lejos de creer que poseo las dotes de tan cumplido caballero, prima mia.

HERMINIA. Os haceis justicia, Guillermo. (*Echándose en un sillon á la derecha.*)

GUILLERMO. ¡Gracias!

HERMINIA. (*A Clara.*) Señora, procurad que podamos retirarnos cuanto antes. Nos caemos de cansancio.

CLARA. Voy á complaceros, señora. Reemplazadme entre tanto, junto á esas damas. (*Bajo á Juana.*)

ESCENA V.

JUANA, MISTRIS SARA, HERMINIA, GUILLERMO.

SARA. ¡Qué calor el de este salon! (*Como si se sintiera inquieta se lleva la mano al corazon y respira con dificultad.*)

HERMINIA. Ciertamente..Pero ¿á quién se le antoja vestirse como en pleno invierno estando en primavera?

SARA. Será una reaccion... Al llegar tenia frio.

HERMINIA. Tienes razon, mamá... (*Quitándose el sombrero y dejándolo á un lado.*) El calor es insoportable.

GUILLERMO. (*Bajo é inclinándose hácia Herminia.*) No es el calor, sino la conciencia lo que os está atormentando.

HERMINIA. (*Riéndose.*) ¡La conciencia!... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

GUILLERMO. Esa risa nada tiene de sincera... Hace algun tiempo que os merecia alguna deferencia... dábaisme esperanzas; pero desde que ese sombrío Creso os dirigió no sé qué cumplimiento, me rechazais con desden... Y sin embargo no amais á ese hombre.

HERMINIA. ¡Quién sabe!

GUILLERMO. Estoy convencido de ello... Además, ¿sabeis de qué se acusa á lord Rochester?

HERMINIA. No quiero saberlo.

GUILLERMO. (*Ap.*) Ya procuraré yo que lo sepas. Y á fe mia que no habré venido en vano á esta casa.

SARA. ¡Dios mio! ¡Qué malestar!

HERMINIA. (*Mirándola sorprendida y levantándose con frialdad.*) ¿Qué tienes?

SARA. Me ha sobrecogido esa opresion, esa ansiedad inexplicable que me presagia siempre una desgracia.

HERMINIA. (*Encogiéndose de hombros.*) Aprensiones.

SARA. (*Levantándose.*) Digo, Herminia, que en la atmósfera de este salon hay algo que nos es hostil.

HERMINIA. Mamá... ¿Qué supersticiones son esas?

SARA. (*Agitada.*) Llama... que me dén algo que respirar.

JUANA. (*Que se ha acercado lentamente.*) Aquí está este pomito, mistris.

SARA. (*Retrocediendo con horror.*) ¡Cielos!

HERMINIA. ¡Qué veo!

SARA. (*Bajo y tomándola de la mano.*) ¡Juana Eyre! (*Movimiento de Herminia.*)

JUANA. ¿Os sentís mejor?

SARA. (*Habla con Herminia.*) Sí, sí... gracias.

GUILLERMO. (*Que todo lo ha observado, á Juana.*) ¿Conoceis á esas damas, señorita?

JUANA. (*Friamente.*) No señor... las veo hoy por vez primera.

GUILLERMO. (*Ap.*) ¿Qué nuevo misterio es ese? (*Alto á Juana.*) ¿Podré saber á quién tengo el honor de hablar?

JUANA. A Juana Eyre, aya de la señorita Adela.

HERMINIA. (*Recobrando la serenidad y con risa desdeñosa.*) ¡Ah! ¡el aya!

SARA. (*Ap.*) ¡Fatalidad!

ESCENA VI.

DICHOS.—LORD ROCHESTER.

ROCHESTER. Perdonadme si he sido el último en llegar al castillo cuando hubiera debido ser el primero para recibiros... Bien venidos seais y considerad como vuestra mi morada. (*Todos se inclinan.*) Se me figura, lady Herminia, que una nube oscurece vuestro semblante... Quiera Dios que no me amenace á mí.

HERMINIA. Nada de eso, milord: temo, sí, por la reputacion del ilustre Merur, cuando se sepa en el condado que habiendo salido al mismo tiempo que nosotros de mi quinta, nuestros jacos han dejado atrás al caballo mas veloz de los tres reinos.

ROCHESTER. Dignaos no acusar á Merur...

HERMINIA. ¡Cómo! Confesais...

ROCHESTER. Confieso que engolfado en mil pensamientos, he obligado á mi caballo á andar el camino al paso.

JUANA. (*Ap.*) ¿Qué está diciendo?

HERMINIA. (*Con coquetería.*) ¿Es una justificacion, milord?

ROCHESTER. Si os dignais aceptarla, milady.

HERMINIA. (*Tendiéndole la mano.*) La acepto.

ROCHESTER. (*Besándole la mano.*) Sois tan hermosa cuando sois buena...

GUILLERMO. A mí me lo parece siempre. Permitidme, milord, que os reitere mi agradecimiento por la invitacion que acabais de hacerme. La fama de vuestro castillo ha llegado hasta mí... soberbio es cuanto hasta ahora he visto, y tendré el mayor gusto en visitar detenidamente todas sus dependencias. Se me figura que me están reservadas aquí muchas sorpresas.

ROCHESTER. Ya os he dicho, sir Guillermo, que estais en vuestra casa.

SARA. (*Que durante esta escena ha estado muy impaciente.*) Una pregunta, milord. (*Por Juana.*)¿Desde cuándo sirve en vuestra casa esa jóven? Creia que la señorita Elena seguia educando á vuestra protegida.

ROCHESTER. Hace cinco meses que fué reemplazada por la señorita Juana.

HERMINIA. ¿Y qué le enseña á Adela?

ROCHESTER. (*Con cierta sorpresa.*) Idiomas, dibujo, música. ¡Oh! ¡la señorita Juana no es una aya adocenada; pinta admirablemente!

JUANA. ¡Milord!

HERMINIA. Líbreme Dios de dudarlo... lo decís con tanto calor...

GUILLERMO. ¿Qué diablos tienen hoy mis primas?

SARA. (*A Juana.*) Decidme, señorita... (*Interrumpiéndose.*) Es singular... he olvidado vuestro nombre... ¿dónde habeis aprendido tantas cosas?

JUANA. En el asilo de Lowood, señora.

HERMINIA. Siempre habíamos oido decir que allí se enseñaba con preferencia la religion y la humildad.

JUANA. Y es cierto, milady: podeis estar persuadida que aprendí en Lowood todo cuanto enseñan sus profesores... y viviré eternamente agradecida á los que me pusieron en el caso de aprovecharme de sus lecciones.

ROCHESTER. Poco cariño os tenian los que os encerraron en una casa de beneficencia.

JUANA. Muy poco, por no decir que me detestaban, milord; pero yo bendigo esa conducta que á vos os parece tan indigna: porque á ello debo ser humilde y modesta.

SARA. (*Ap.*) ¡Miserable!

HERMINIA. Maravíllame que la señorita Juana pinte tan admirablemente como pretendeis, milord. (*Amenazándole con el dedo.*) Vamos, confesad que habeis andado bastante ligero en semejante juicio.

ROCHESTER. (*Con altivez.*) Yo no acostumbro adular... y voy á probároslo. (*Se dirige hácia su cuarto.*)

SARA. No os incomodeis de esa manera para hacer el elogio de vuestra criada. (*Con ironía.*)

ROCHESTER. (*Con severidad.*) El talento debe admirarse donde se encuentra, señora. (*Vase.*)

SARA. ¡Insolente! (*Ap.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* ROCHESTER.

HERMINIA. (*Bajo á su madre.*) Cuidado, mamá... Guillermo nos está observando... (*Alto.*) ¿Primo, os habeis vuelto mudo? Hace media hora que no habeis dicho esta boca es mia.

GUILLERMO. Hablais tan bien, Herminia, que fuera delito interrumpiros... Además, estaba reflexionando...

SARA. (*Dominando su emocion.*) Se me figura, Guillermo, que estais preocupado.

GUILLERMO. No creais tal.

HERMINIA. Ya sé yo qué reflexiones son las suyas.

GUILLERMO. Puede que os engañeis, hermosa prima... Pero olvidamos á la señorita Juana.

JUANA. No os molesteis por mí, caballero... imitad á esas damas.

ROCHESTER. (*Entrando. Trae el album de Juana.*) Dignaos, lady Herminia, hojear este album, y vereis como os deja sorprendida la discípula de Lowood.

JUANA. (*Involuntariamente.*) Milord...

ROCHESTER. (*Con severidad y Juana baja los ojos.*) ¿Y qué?

HERMINIA. Dejemos para mañana el exámen de esas obras

maestras... Mamá está indispuesta y yo rendida de cansancio.

ROCHESTER. (*Cerrando vivamente el album y dejándole sobre una mesa.*) ¿Cómo no me lo dijisteis antes?

SARA. La edad, milord... y por otra parte lo largo del viaje...

ROCHESTER. Vuestros deseos son órdenes para mí.

GUILLERMO. (*A Juana.*) Habreis observado, señorita, que por mi parte no he tratado de humillaros.

JUANA. Gracias por tanta bondad, caballero...

GUILLERMO. (*Ofreciendo el brazo á M. Sara.*) ¿Aceptareis mi brazo?

SARA. Sí, Guillermo... (*Ap. y tomando la manteleta.*) (O ella ó yo: ambas y á un tiempo, no podemos vivir en esta casa.) Señorita Juana... (*Tomando el brazo de Guillermo y saludando á Juana irónicamente.*)

JUANA. (*Inclinándose.*) Señora...

GUILLERMO. ¿Os volveré á ver, milord?

ROCHESTER. Sí, y para abreviar el fastidio de una larga velada, nos servirán el ponche en vuestro aposento. ¿Os dignareis darme hospitalidad?

GUILLERMO. Yo seré el honrado, milord.

(*Mistris Sara y Guillermo vanse por la puerta del centro.*)

ROCHESTER. Sin que atendais á mis derechos de señor feudal, ¿podré esperar, Herminia?... (*Le ofrece el brazo.*)

HERMINIA. Acepto por hoy, toda vez que me conviene un guia en este palacio encantado... veremos mañana si se os ha de perdonar.

ROCHESTER. ¿En qué he podido disgustaros?

HERMINIA. (*Con intencion.*) Mañana os lo diré.

ROCHESTER. Juana, podeis retiraros.

(*Vase con Herminia por la puerta del centro.*)

ESCENA VIII.

JUANA, *sola.*

JUANA. ¡Al fin respiro! ¡Oh! ¡creí que iba á rompérseme el pecho!... ¡Mistris Sara y Herminia aquí! ¿Qué fatalidad las trae á este castillo? ¡Dios mio! ¿qué nuevos tormentos me reservais? Sin duda al verme dichosa, quereis poner á prueba á la pobre huér-

fana! ¡Cúmplase vuestra voluntad!... (*Viendo los dibujos.*) ¡Mi album! Lady Clarens, en vano habeis aplazado para mañana el exámen de este libro: despues del desden que os ha merecido no debeis verle. (*Toma el album y se dispone á retirarse cuando entra lord Rochester.*)

ESCENA IX.

JUANA, LORD ROCHESTER.

ROCHESTER. ¿Todavía aquí, Juana? Os mandé que os retirarais... ¿por qué no me habeis obedecido?

JUANA. (*Timidamente.*) Como no tenia sueño.

ROCHESTER. Buena... disculpa... decid mas bien que tratabais de observar mis acciones.

JUANA. (*Vivamente, luego con dignidad.*) Caballero... teneis algo mas que mandarme?

ROCHESTER. (*Con ira.*) ¡No!

JUANA. ¡Buenas noches, milord!
(*Juana se inclina en silencio y da algunos pasos para retirarse: Rochester la sigue.*)

ROCHESTER. Buenas noches. (*Reparando en el album.*) Juana, ¿es el album el libro que llevais bajo el brazo?

JUANA. (*Deteniéndose.*) Sí, milord.

ROCHESTER. ¿Y os lo llevais?

JUANA. Sí.

ROCHESTER. ¿Por qué? ¿No quereis dejármelo?

JUANA. A vos, sí; pero no á los otros. No quiero que Herminia, que lady Clarens lo vean.

ROCHESTER. Me parece que esas damas os inspiran pocas simpatías.

JUANA. Lo confieso.

ROCHESTER. (Qué significa...) Vamos, Juana, devolvedme esos dibujos... son tan preciosos, que me holgaré de que no sea yo solo quien lo diga.

JUANA. (*Resistiéndose.*) Milord...

ROCHESTER. (*Con mucha dulzura.*) Os lo suplico.

JUANA. Una súplica, milord... (*Sorprendida y dándole el album.*)

ROCHESTER. Os parece extraordinario... lo es en efecto. Mi manera de hablar cautiva poco.

JUANA. No lo cree así lady Clarens.

ROCHESTER. (*De mal humor.*) Lady Clarens... Lady Clarens

es una coqueta con mas orgullo que corazon.

JUANA. (*Involuntariamente.*) ¡Cierto! ¡muy cierto!

ROCHESTER. (*Vivamente.*) ¿Cómo lo sabeis? ¿Quién os lo ha dicho?... (*Silencio de Juana.*) Vamos, responded.

JUANA. Milord... yo... no... (*Procurando reparar su ligereza.*)

ROCHESTER. Acabemos.

JUANA. La he observado detenidamente y he formado ese juicio de su carácter.

ROCHESTER. (*Despues de un momento de silencio.*) Toda vez que sois tan excelente fisonomista, debeis conocerme á fondo... Vamos á ver: ¿qué concepto os merezco yo?

JUANA. Semejante pregunta...

ROCHESTER. Exige una respuesta.

JUANA. Pues bien, milord, me mereceis el mejor concepto...

ROCHESTER. ¡Ya me esperaba yo esa lisonja!

JUANA. Vuestra interrupcion ha dado á mis palabras la apariencia de lisonja.

ROCHESTER. Proseguid pues: creí que habiais concluido.

JUANA. Pesadumbres que no trato de averiguar han amargado vuestro corazon causando en él una herida profunda, y se me figura que cada una de vuestras palabras se escapa de la boca de la herida mas bien que de vuestros labios... A veces, os abandonais á vos mismo, para encontrar el remedio á tanto mal; pero el recelo de encontrar la muerte donde pensasteis hallar el alivio, os hace ver un peligro á cada paso y un enemigo en cada hombre. Temeis nuevos desengaños y la desconfianza vela incesantemente en vuestro espíritu: ella piensa por vos, ella habla por vos, ella os dirige, ella os gobierna.

ROCHESTER. (*Que ha oido atentamente á Juana como no queriendo que se le conozca del todo.*) ¡Y tiene razon! si la permito estar mas tiempo á mi lado concluirá por adivinar hasta lo que pienso. Podeis retiraros, Juana. (*Da un paso para retirarse.*)

JUANA. (*Se dispone á salir.*) Dios os guarde, milord.

ROCHESTER. (*Gritando.*) ¡Cómo! ¿Y os marchais así?...

JUANA. Me habeis dicho que podia retirarme...

ROCHESTER. Pero no sin despediros de mí; sin dirigirme algunas palabras de buena amistad de...

JUANA. (*Tímidamente.*) ¡Milord!

ROCHESTER. (*Tomándola ambas manos y tiernamente.*) Juana, ¿qué encanto teneis en vuestros ojos que no puedo resistir á sus miradas? Se habla de simpatías naturales... de genios protectores... Fábulas, si, pero que en el fondo no dejan de ser verdaderas. Al veros por primera vez sentí que ejerceriais una gran influencia en mi vida y no me engañé. (*Animándose mas y mas.*) Juana, de vos depende que vuelvan á renacer en mi corazon la paz y la alegría. (*Con ternura.*)

JUANA. Milord, permitidme que me retire... No puedo... no me es permitido escucharos mas.

ROCHESTER. Teneis razon, soy un insensato, pero no me dejeis así... dirigidme una mirada, una palabra de consuelo... ¡Soy tan desgraciado, Juana!!! ¡vuestra mano!

JUANA. Ved que se acercan...
(*Rochester la suelta vivamente las manos.*)

ROCHESTER. ¿Quién?...

CLARA. (*Entrando.*) Milord, sir Guillermo os está esperando.

ROCHESTER. (*Ap.*) ¡Importuno!! Voy al instante. Juana, una palabra...

JUANA. Sir Guillermo os espera. (*Indicándole que se marche.*)

ROCHESTER. ¡Llévelo el diablo!... (*Vase con ira.*)

CLARA. ¿Qué mala yerba ha pisado milord? ¿Sabeis qué tiene, señorita Juana?

JUANA. Que juega con cartas falsas y ha perdido la partida.

CLARA. ¿Pues qué?...

JUANA. Que ya no le causa tanto horror la bruja. (*Vase.*)

CLARA. ¡Dios mio! ¡lo que saben estas niñas!!! ¡Jesús, Jesús!!! (*Se marcha santiguándose.*)

ACTO TERCERO.

Salon que abre á un jardin. Puertas en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MISTRIS SARA, HERMINIA.

SARA. (*Irónicamente.*) Por fin vamos á verla hoy. Lord Rochester acaba de anunciarme que la señorita Juana nos honrará con su presencia en el desayuno... mucho deseo hallarme á solas con ella.

HERMINIA. ¿Y para qué, mamá? Déjala que siga educando á Adela hasta el dia, próximo, lo espero, en que tendremos el derecho de echarla del castillo.

SARA. Confias demasiado, Herminia, y en tu aturdimiento no ves lo que aquí está pasando. Te digo que Juana nos ha de traer la desgracia.

HERMINIA. (*Con sonrisa de incredulidad.*) ¡La desgracia!

SARA. Escucha. Al otro dia de nuestro primer encuentro, hace ya ocho dias, Juana cayó enferma despues de un acontecimiento que nadie ha podido explicar, pero en el que sin duda debió de representar un importante papel, si hemos de dar crédito á Guillermo que ha sabido granjearse la confianza de Jorge. Durante esos ocho dias lord Rochester se nos ha presentado con una frialdad que tu amor propio no quiere ver. La mitad de esos dias los ha pasado al lado de Juana, por mas que diga que ha estado retirado en su gabinete.

HERMINIA. ¿Cómo sabes tú eso?

SARA. Por Jorge. Ahora bien, un hombre como Rochester que se ocupa hasta este punto de una simple criada no puede hacerlo únicamente por un sentimiento de benevolencia. El calor con que habla de la grandeza de carácter de esa jóven, la reserva que con respecto á tí manifiesta... Su retraimiento que raya en melancolía, todo me hace suponer que tienes una rival en esa miserable que la fatalidad ha puesto en nuestro camino.

HERMINIA. (*Desdeñosamente.*) ¡Juana Eyre mi rival!... ¡Esa reclusa de Lowood! Vamos, mamá, me injurias.

SARA. Tengo experiencia, hija mia, y raras veces me engaña... Juana se acuerda del pasado y quiere vengarse de nosotros.

HERMINIA. ¿De cuándo acá dudas del poder de Herminia? Cuando me plazca, Rochester estará a mis piés.

SARA. Sin embargo, déjame ver á Juana, la sondearé yo misma, y con el imperio que sobre ella he conservado lograré que deje para siempre el castillo.

HERMINIA. Corriente: ocúpate de Juana mientras rodeo yo á Rochester de tantas seducciones, que aunque esté locamente enamorado de mi prima, será preciso que me ame á mí.

SARA. ¡Silencio!... aquí están.

ESCENA II.

DICHAS.—ROCHESTER, JUANA, ADELA, *luego* GUILLEN.

ROCHESTER. (*Entra por la derecha dando el brazo á Juana que lleva de la mano á Adela.*) Señoras, os presento á la pobre enferma, restablecida, aunque no del todo, de su dolencia.

JUANA. (*Dejando el brazo de Rochester y saluda á Sara y Herminia.*) Gracias, milord.

SARA. Muy satisfecha debe de estar la señorita Juana del interés que por ella se toma su amo... pocas ayas son tratadas con tanto miramiento.

ROCHESTER. Es que la señorita Juana se distingue muy mucho de las ayas vulgares.

HERMINIA. (*Bajo á Rochester.*) Damas conozco yo que se dieran por muy dichosas con semejantes atenciones.

ADELA. (*Vivamente á Herminia.*) Tambien vos habreis tenido sin duda un aya tan buena como la señorita Juana, pues sois muy hermosa y muy amable. ¿Seré yo como vos, lady Herminia?

HERMINIA. (*Apartando á Adela con la mano.*) Mira, niña, que me echas á perder el vestido. (*A Rochester.*) ¡Qué error el mio! Rochester. Siempre habia creido que no os gustaban los niños.

ROCHESTER. (*Extendiendo la mano hácia Adela que ha quedado desconcertada y se acerca á él.*) Error fué en efecto.

HERMINIA. ¿A dónde habeis ido por esta niña?

ROCHESTER. (*A Adela, con dulzura.*) Anda con la señorita Juana. (*Adela se echa llorando en los brazos de Juana.*) (*A Herminia.*) Es una huérfana que he recogido. (*Mira con interés á Juana que está ocupada en consolar á Adela.*)

GUILLERMO. (*Entrando por el fondo.*) Buenos dias. Dispensadme si he tardado: mi curiosidad me ha hecho subir á la torre del Norte cuya admirable arquitectura no me cansaba de admirar. En mi deseo de ver además sus disposiciones interiores, me he extraviado en un dédalo de corredores, y sin querer, me he encontrado en el parque. Parque magnífico, milord.

HERMINIA. En efecto; es imposible imaginar paseo más encantador. En verano debe ser un verdadero paraiso. Esos árboles majestuosos, ese vasto estanque y el antiguo pabellon con sus torrecillas, es lo mas pintoresco que he visto. De modo que los ocho dias que llevamos de estancia en vuestro castillo han pasado como un sueño.

ROCHESTER. Me alegro, lady Herminia, de que tan corto os haya parecido el tiempo.

GUILLERMO. ¿Y cómo no, si andamos de sorpresa en sorpresa?

SARA. ¿Y qué proyecto es el vuestro para hoy, milord?

ROCHESTER. Habria querido acompañaros á la antigua abadía edificada por Enrique VIII, pero por desgracia negocios urgentes me obligan á rogar á sir Guillermo que se digne reemplazarme... Conoce ya el camino, y...

HERMINIA. ¡Vaya un guia!

GUILLERMO. Gracias, primita.

HERMINIA. No lo he dicho por desairaros, primo; pero lord Rochester hubiera podido contarnos las tradiciones de la abadía que no dejarán de ser interesantes, para mí á lo menos, pues confieso que me inspira un profundo respeto esa gran figura histórica de Enrique VIII.

JUANA. ¿Tanto os gustan los tiranos, lady Clarens?

GUILLERMO. La muerte del tal rey la tiene inconsolable; mil veces la he oido decir que hubiera sido capaz de casarse con él.

HERMINIA. Fué un soberano muy galante.

JUANA. Es cierto, pero hizo morir á cuantas mujeres amó.

GUILLERMO. Quien bien ama bien castiga.

HERMINIA. Fuerte es en historia la señorita Juana.

JUANA. Se aprenden muchas cosas en el asilo de Lowood, milady.

HERMINIA. (*Reprimiéndose.*) Así parece.

GUILLERMO. (*Como saliendo en defensa de Herminia.*) La señorita Juana hace bien en no amar á los tiranos, varones ó hembras. Por desgracia la especie no ha desaparecido todavía. Hombres hay aun que se complacen en atormentar á las mujeres. ¿Sois de mi opinion, lord Rochester?

ROCHESTER. Singular me parece la pregunta, sir Guillermo.

GUILLERMO. Tal no debe pareceros siendo dirigida á un hombre que como vos, ha viajado mucho, que necesariamente habrá estudiado á fondo el corazon humano y visto cosas muy extraordinarias.

ROCHESTER. Mucho en efecto he visto, caballero, y la experiencia me ha demostrado que no conviene juzgar con ligereza lo que nos parece extraño.

HERMINIA. Mi primo lo ve todo muy negro... las ideas de Guillermo llevan siempre luto, y además va constantemente á caza de sucesos maravillosos.

GUILLERMO. Gusto de descubrir misterios: es una aficion como otra cualquiera.

HERMINIA. (*Riéndose.*) ¿Y qué misterios esperais descubrir aquí?

GUILLERMO. ¿Quién sabe? no hay castillo antiguo que no encierre alguno.

ROCHESTER. (*A Juana.*) ¿Os sentis mejor, señorita?

JUANA. Sí, milord; gracias.

GUILLERMO. (*Que entretanto ha recogido un pañuelo que estaba en el sofá y lo presenta á Herminia.*) Vuestro pañuelo, hermosa prima... ¿Consentís en que prosiga aquí mi papel de caballero? (*Le ofrece el brazo.*)

HERMINIA. (*Con altivez.*) ¿Mi caballero?

GUILLERMO. (*A media voz.*) ¡Pues qué! ¿seguís aun en la manía de casaros con Rochester?

HERMINIA. (*A media voz.*) ¿Quién puede impedirlo?

GUILLERMO. (*A media voz.*) Tal vez yo.

HERMINIA. (*Encogiéndose de hombros.*) (*A sir Guillermo.*) ¡Presuntuoso! (*A Rochester.*) Ya que, segun decís, no podeis acompañarnos á la abadía, os dignareis á lo menos guiarnos hasta el camino.

ROCHESTER. (*Pasando al lado de Herminia.*) Con mucho gusto, milady.

SARA. (*Bajo á Juana.*) Quedaos, Juana, tengo que hablaros.

JUANA. (*Estremeciéndose.*) ¿A mí, tia?

ROCHESTER. (*Aparte con asombro.*) (¡Su tia!)

SARA. (*Bajo á Juana.*) Sí.

JUANA. (*Bajo á Sara.*) Estoy á vuestras órdenes.

SARA. Bien.

ROCHESTER. Cuando querais, mistris Sara.

SARA. Dispensadme, milord. Esta mañana no seguiré á mi hija en su excursion... necesito descansar. La señorita Juana se dignará hacerme compañía, como no dispongais lo contrario.

ROCHESTER. Hasta luego pues. (*Ap.*) (¡Su tia!) (*Alto ofreciendo el brazo á Herminia.*) Milady...
(*Sale por el fondo con Herminia y Guillermo, mistris Sara la sigue hasta la puerta.*)

ESCENA III.

JUANA, MISTRIS SARA.

JUANA. (*Ap.* ¿Qué querrá decirme? me parece que toco el momento supremo.)

SARA. Juana, ya estamos frente á frente; mírame sin hipocresía; no trates de engañarme, porque seria inútil; siempre nos hemos aborrecido y nos aborrecemos aun. El disimulo fuera cosa indigna que nos haria despreciables á nuestros propios ojos.

JUANA. No os comprendo, señora.

SARA. ¡Por tí he sido criminal, Juana, por tí he cargado mi conciencia de atroces remordimientos!

JUANA. ¿Por mí, tia?

SARA. Sí, por tu causa he faltado al sagrado juramento que hice á mi esposo en su lecho de muerte. Impulsada por mi odio, te he despreciado, maltratado y hasta arrojado de mi casa para encerrarte en un asilo de mendicidad, cuando le habia prometido velar por tí y quererte como á hija; pero bien castigada estoy por ello. La orgullosa mistris Sara Hollistes, la opulenta viuda de tu tio, se ve hoy reducida á la mayor miseria.

JUANA. ¿Pobre vos? No es posible.

SARA. Sí, pobre... puedes creerme... Mi caudal entero ha sido derrochado por mi hijo Ricardo; he vendido mis propiedades de Gateshead para alimentar sus vicios, y últimamente me he visto precisada á despojar á su hermana de lo que legítimamente la pertenecia para librarle de la deshonra.

JUANA. ¡Miserable!

SARA. No le insultes delante de su madre. (*Calmándose poco á poco.*) Vivia en Londres, amaba el lujo y los placeres, pedíame oro; le queria demasiado para resistir á sus súplicas, y lo atropellé todo por salvarle.

JUANA. ¡Desgraciada!

SARA. Pero todo puede remediarse aun. Un medio les resta de salvacion á la viuda y á los hijos de tu bienhechor.

JUANA. ¿Y ese medio?...

SARA. De tí depende.

JUANA. ¡Hablad! No hay sacrificio á que no esté dispuesta por la memoria de mi buen tio; de mi segundo padre.

SARA. Pues bien, Herminia cuenta con la fortuna de lord Rochester.

JUANA. ¿Y qué!

SARA. Que es necesario que inmediatamente abandones esta casa.

JUANA. Abandonarla, ¿y por qué, señora?

SARA. Porque lord Rochester te ama.

JUANA. ¿A mí? ¿Quién ha podido deciros?...

SARA. Tu misma turbacion, Juana. ¿Deseas que te lo repita para verme mas humillada, para gozarte en tu triunfo?

JUANA. ¡Cómo me calumniais suponiéndome tan perversa! Ignoro si lord Rochester me ama, os lo juro, y en prueba de ello y por la gratitud que debo á mi buen tio, haré cuanto exijais de mí. ¡Ay! ¿es preciso que seais tambien vos quien me arroje de aquí despues de los ocho años que he pasado en Lowood en la escasez y la miseria? ¿Es preciso que despidais de nuevo á la pobre huérfana sin recursos, sin asilo? Crueldad excesiva es esta, confesadlo, señora.

SARA. ¿Sin recursos, dices? te engañas; si quieres, aun puedes ser mas rica que nosotros.

JUANA. ¿Qué decís?

SARA. Oyeme. Durante tu encierro en Lowood, una carta venida de Madera nos anunció que el hermano de tu padre habia reunido una gran fortuna y que deseaba instituirte su legataria universal, si ibas á reunirte con él.

JUANA. ¡Dios mio! ¿Y por qué no me mandasteis esta carta?

SARA. Porque no podia soportar la idea de verte en la opulencia cuando la miseria invadia mi casa; porque me habias robado el cariño de mi esposo; porque te aborrecia mas que nunça: hé aquí por qué no te comuniqué aquella carta, orígen para mí de nuevos remordimientos que vinieron á asaltarme y á hacerme mas desgraciada.

JUANA. ¿Tanto os he ofendido, señora?

SARA. ¿Y tú me lo preguntas?

JUANA. Yo era entonces muy niña, no sabia lo que hacia, y además, vos me tratabais cruelmente: pero he aprendido á perdonar: el estudio y la religion han abierto mi entendimiento, y estoy dispuesta á olvidarlo todo, si os dignais volverme una amistad que nunca hubierais debido retirarme.

SARA. Cuenta con ella, si dejas esta casa para siempre.

JUANA. ¿Pero y si milord no me ama?

SARA. ¿Será preciso que te diga que la conducta de Rochester para con mi hija ha cambiado completamente desde hace ocho dias? ¿Tienes hechizado á ese hombre?

JUANA. (*Con altivez.*) ¡Basta ya!

HERMINIA. (*Dentro.*) ¡Mamá! ¡Mamá! (*Sara se dirige al encuentro de Herminia que entra por el fondo.*)

ESCENA IV.

DICHAS.—HERMINIA, *luego el* CAPITAN ENRIQUE *en traje de viaje.*

HERMINIA. Mamá, desde el terraplen donde nos dejó lord Rochester á mí y á Guillermo he visto bajar del caballo á mi tio... (*Entra Enrique.*) Héle aquí ya.

SARA. ¡Enrique! ¿Qué te atrae aquí? Nuevas desgracias sin duda.

ENRIQUE. (*Viendo á Juana.*) ¡Sara! Pero no estamos solos.

SARA. (*Sin contestar á esta pregunta.*) ¿Vienes de la quinta de mi hijo? ¿traes noticias de Ricardo?

HERMINIA. ¿De mi hermano?

ENRIQUE. Suyas, no; pero ya no puedo ocultarte lo que está pasando; tal vez podamos salvarle todavía.

JUANA *y* HERMINIA. ¿Salvarle?

ENRIQUE. Ricardo se ha fugado despues de haber falsificado una letra de 1000 libras que es preciso pagar cuanto antes si queremos evitar á nuestro nombre una mancha indeleble.

SARA. ¡Desdichada!! (*Sara cae desmayada en brazos de Juana que la sostiene.*)

JUANA. (*Corriendo en socorro de su madre.*) ¡Dios mio! perdió el sentido. (*Enrique ayuda á Juana y á Herminia á sentar en el sofá á M. Sara.*)

JUANA. (*Frotándole manos y frente.*) Tia Sara, volved en vos... oidme. (*Herminia rechaza á Juana y hace respirar un pomo á su madre.*)

ENRIQUE. (*Bajo á Juana.*) La infeliz no lo sabe todo. Ricardo se ha suicidado.

JUANA. ¡Dios de misericordia!

ENRIQUE. Dios de justicia, debierais decir, Juana, pues castiga la crueldad con que os trataron.

SARA. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah!

JUANA. (*Arrodillándose á los piés de M. Sara y tomándole las manos.*) ¡Pobre tia!

SARA. (*Llorando.*) ¡Te compadeces de mí, Juana! ¡Ah! tú eres mejor que yo. ¡Ricardo! ¡hijo mio! Yo te amé demasiado, fuí débil y Dios me castiga en ti. (*Levantándose vivamente.*) Enrique, leo en tus ojos una nueva desgracia, no me ocultes nada, un dolor secreto me dice que mi hijo, mi Ricardo ha muerto!

ENRIQUE. No, Sara.

HERMINIA. Mamá, te queda todavía una hija.

JUANA. Sí, sí, es preciso que os conserveis para ella, la felicidad puede sonreiros todavía. Si para ello es necesario que yo me sacrifique, partiré sin tardanza.

ENRIQUE. ¿Qué significa esto?

SARA. Ya lo sabrás despues. Oye, Juana, tu tio vive todavía y te está aguardando: vé á reunirte con él, vé á ser rica, y perdona á los que la desgracia deja anonadados.

JUANA. Vuelve bien por mal, ha dicho el Señor... Mañana habré dejado este castillo; mañana me habré despedido de esta casa donde he pasado los primeros dias dichosos de mi vida. Ahora, dignaos darme vuestra bendicion. (*Va á arrodillarse.*)

SARA. (*A Juana.*)Yo no puedo bendecirte, Juana, porque la bendicion de un odio mal apagado seria una blasfemia. Pero ya que partes para que Herminia sea dichosa, dejaré de maldecirte y haré votos por tu felicidad. Es cuanto puedo hacer.

ENRIQUE. ¡Pobre jóven! ¡cuánto debe sufrir!

SARA. Dios solo es justo... él decidirá entre nosotros. (*A Herminia y á Enrique.*) Seguidme: necesito descansar. Conviene que lord Rochester ignore completamente lo que acaba de pasar aquí. (*Hace un ademan de despedida á Juana y se retira sostenida por Herminia y Enrique.*)

ESCENA V.

JUANA, *luego* ROCHESTER.

JUANA. ¡Odio, siempre odio!... Tenia razon, su carácter no ha cambiado; pero Dios ha castigado á la madre hiriéndola en su mas cara afeccion. Esa mujer sin entrañas para la huérfana, hallaba en su alma una ciega ternura por un hijo perverso y orgulloso que la ha reducido á la desesperacion. (*Rochester aparece en el umbral de la puerta de la derecha.*) ¡Qué cambio en nuestras posiciones! La que un dia me maltratara, la que me echó de su casa, hoy se ve obligada á implorarme, á suplicarme que parta!... ¡Partir!... cuando acabo de saber que Rochester me ama. Cuando yo tambien le amo. ¡No importa! Dios me inspira... el sacrificio será completo. Me costará tal vez el reposo, la alegría de toda mi vida; pero no se dirá que Juana Eyre haya retrocedido delante de una buena accion. Partiré.

ROCHESTER. (*Adelantándose lentamente y con paso grave.*) No, Juana, tú no partirás.

JUANA. (*Con sorpresa.*) ¡Cielos! milord.

ROCHESTER. Sí, yo soy; yo que todo lo he oido. Angel de pureza, perdóname. Acabo de saber que la mujer

cuyo nombre me ocultaste al referirme tus desgracias, es mistris Sara. No alcanzo á explicarme todavía el odio de esa mujer horrible; pero lo que sé, Juana, es que eres la mejor y mas noble de todas las mujeres y que te amo.

JUANA. ¡Milord...

ROCHESTER. Ya no soy el amo que manda, sino el amante que se inclina delante de la mujer á quien ama y de quien es amado, porque tú lo has dicho, Juana, tú me amas. Bendita sea la indiscrecion que me ha dado á conocer un sentimiento que tú nunca habrias revelado. Yo dudaba, Juana, yo no me atrevia á dar crédito á la voz íntima que me decia: eres amado, y por esto rodeaba de atenciones á lady Herminia, único medio para descubrir el interior de tu pecho. La prueba produjo efecto... Ahora ya no dudo y te doy las gracias.

JUANA. (*Muy conmovida.*) Mentiria, milord, si os ocultara la alegría que inunda mi corazon en este instante: mentiria á Dios que sabe cuántas veces he rogado por vos durante mis largas horas de insomnio; pero he empeñado mi palabra y no puedo faltar á ella. Yo parto. Casaos con lady Herminia, os conviene mas que yo, pues sobre ser hermosa, tiene talento é instruccion, será el adorno de vuestra casa, y os deberá el reposo de su madre.

ROCHESTER. ¿Y crees que te dejaré partir viendo huir contigo la alegría de mi hogar? No, Juana, tu generosa conducta te engrandece mas y mas á mis ojos. Tú debes quedarte para servir de madre á Adela; á la pobre huérfana á quien educarás á imágen tuya, de quien harás una mujer buena y digna y que te deberá su felicidad: me lo has jurado y debes cumplirlo.

JUANA. ¡Milord!...

ROCHESTER. ¿Es posible que quieras abandonar sin pena este castillo dejando en él tu primero y único amor?

JUANA. No hableis así, milord: no podria resistir á vuestras dulces palabras y olvidaria mi promesa.

ROCHESTER. ¿Y qué me importa á mí tu promesa, cuando te ha sido arrancada por la fuerza? Tu deber y tu corazon te mandan permanecer en esta casa, y no debes salir de ella por seguir un impulso de ge-

nerosidad hácia aquellos que han sido tus mas crueles enemigos. Podrás desoir mis súplicas, pero tu sacrificio seria inútil, pues te juro que lady Herminia nunca será mi esposa. (*Transicion en tono solemne.*) Juana Eyre, respondedme la verdad. ¿Me amais?

JUANA. (*Con resolucion.*) Sí.

ROCHESTER. (*Abrazándola.*) Pues ya es indisoluble el lazo que une nuestros corazones.

ESCENA VI.

DICHOS.—MISTRIS SARA, *entrando por el fondo seguida de* HERMINIA, EL CAPITAN ENRIQUE, GUILLERMO *y* MISTRIS CLARA.

SARA. (*Deteniéndose.*) ¡Qué veo!

JUANA. (*Ap.*) (¡Cielos! ¡mi tia!)

ROCHESTER. (*Ap. irritado.*) (¡Mistris Sara!)

SARA. Perdonad si soy importuna, milord; pero mi hermano Enrique que acaba de llegar y debe partir inmediatamente, no ha querido dejar el castillo sin ofreceros sus respetos.

ENRIQUE. Dignaos perdonarme si me presento en traje de viaje.

ROCHESTER. (*Le da la mano.*) Sir Enrique...

SARA. ¿Se estaba despidiendo de vos la señorita Juana?

ROCHESTER. ¿Qué quereis decir?

SARA. Como me dijo hace poco que iba á dejar el castillo, venia á proponerla para compañero de viaje á mi hermano.

ENRIQUE. Tendré el mayor gusto en serlo.

JUANA. Gracias, caballero; mas... (*Confusa.*)

ROCHESTER. (*Interrumpiéndola.*) Su proyecto ha sufrido alguna variacion, señora. Juana ya no piensa en partir.

HERMINIA. (*Con asombro.*) ¡Qué escucho!

GUILLERMO. (*Ap.*) (¿Qué nuevo enredo es ese?)

SARA. Es que...

ROCHESTER. Es que no comprendeis lo que sucede. Contando con vuestro triunfo, os deciais: Juana partirá y entonces... Todo lo he oido, señora, y Dios mediante, vàn á quedar frustrados vuestros designios. (*Cogiendo la mano de Juana.*) Mistris Sara

Hollister, milady Herminia Clarens, sir Guillermo, sir Enrique, os presento mi futura esposa lady Rochester.

TODOS. ¡Su esposa! (*En el colmo de la sorpresa.*)

ROCHESTER. Sí, la que mi corazon ha escogido.

CLARA. ¡Oh! ¡milord! (*Lanzándose hácia Rochester.*) Dios ha guiado vuestro corazon. (*Estrecha vivamente las manos de Juana.*)

SARA. ¡Es imposible! (*Con ira.*) Juana Eyre, decid que es imposible, ó de lo contrario... (*Con cólera.*)

ROCHESTER. ¡Nada teneis que temer, milady! Sois aquí señora y soberana.

SARA. ¡Miserable! (*Amenazando á Juana.*)

ENRIQUE. Tranquilízate, Sara. (*Procurando calmarla.*)

HERMINIA. ¡Qué ultraje! (*Con furor: rápidamente á Guillermo.*) Guillermo, ¿no me dijiste que podias impedir cualquier matrimonio contraido por lord Rochester?

GUILLERMO. Sí.

HERMINIA. Véngame, pues, y seré tuya. (*Idem.*)

CUILLERMO. Gracias. (*Estrechándola la mano muy contento.*) Para que podais casaros (*A Rochester.*), es preciso que seais viudo.

JUANA. ¡Cómo!

SARA *y* ENRIQUE. ¿Qué está diciendo?

GUILLERMO. Digo que la esposa de lord Rochester vive todavía. (*Movimiento general.*)

ROCHESTER. (*Adelantándose con mucha serenidad.*) Antes que me expliqueis esas palabras, debo preguntaros quién sois.

GUILLERMO. Soy Guillermo Briggs, hermano del abogado de Londres, pariente de lady Rochester; y tengo el derecho de deciros, pues parece que lo habeis olvidado, que vuestra esposa existe, reconocida por la ley, sino por vos.

ROCHESTER. Mi esposa Carlota Mason murió hace un año en la Jamaica, víctima de una terrible dolencia.

GUILLERMO. Os engañais, milord.

ROCHESTER. ¿Cómo sabeis vos que existe? ¿Qué pruebas teneis?...

GUILLERMO. Su hermano Roberto que acaba de llegar á Londres os las presentará juntamente con vuestra esposa.

JUANA *y* CLARA. ¡Gran Dios!

ROCHESTER. ¡Es imposible!

GUILLERMO. Cansado Roberto Mason de guardar en su casa á la pobre loca abandonada por vos, os la trae para que la cuideis en vuestro castillo, segun deber de todo buen marido. Tal vez hoy mismo les veais entrar por vuestras puertas.

ROCHESTER. ¡Maldicion! ¡Cuando esperaba olvidar lo pasado, se levanta de nuevo á mis ojos con todo su horror!

SARA. Nos marchamos, milord, porque no nos es decoroso permanecer un momento mas en vuestra casa. Adios, lady Rochester, (*A Juana con una mirada de odio.*) gózate ahora en el triunfo y sé feliz con el esposo de Carlota Mason. (*Vase por el fondo con Enrique.*)

JUANA. ¡Dios mio! (*Llorando.*) ¡Qué nuevos dolores me teníais reservados! (*Mistris Clara procura consolarla.*)

ROCHESTER. Id con vuestra victoria, enviados del demonio.

JUANA. ¡Quisiera morir!

ROCHESTER. ¡Juana!

JUANA. ¡Atrás!

ROCHESTER. ¡Tambien vos me rechazais!

JUANA. Tal es mi deber, milord. Yo os amaba, os amo todavía por desgracia, y este amor que creis destinado á hacerme olvidar los horrores del pasado, será de hoy mas la desesperacion de mi vida. Adios, milord. (*Da un paso para retirarse.*)

CLARA. ¡Juana! (*Deteniéndola.*)

ROCHESTER. ¡Os vais por fin! ¡Me abandonais en mi desesperacion!

JUANA. ¡Es preciso, milord! Si permaneciera un momento mas en vuestra casa, creerian que era vuestra manceba y mi honor es antes que todo. No me detengais, milord. El cielo os guarde y derrame sobre vos todas sus bendiciones. (*Vase seguida de mistris Clara.*)

ROCHESTER. Maldicion sobre tí, sir Roberto Mason, que has venido á destruir mi felicidad y á arrojar el ángel bueno de esta casa. Cuando entres en ella, ya no encontrarás sino un cadáver.

ACTO CUARTO.

El cuarto de Rochester. Puerta en el fondo y laterales: ventana á la izquierda. Sillones, mesa y una biblioteca.

ESCENA PRIMERA.

ROCHESTER *solo, sentado á la derecha en un sofá, triste y meditabundo.*

Cuando el hombre ha padecido como yo durante muchos años, cuando su sueño ha sido turbado por la presencia de un espectro unido fatalmente á su destino, el suicidio no debe inspirar horror al moralista ni al filósofo. (*Oyese el ruido lejano de la tempestad.*) La tempestad ruge, y otra mas negra y terrible estalla dentro de mi corazon... Ojalá cayera el rayo en este castillo maldito sepultándome entre sus ruinas! Muchas veces he invocado la muerte, pero sorda á mis instancias, quiere precisarme á que la obligue á venir. Veinte veces ha temblado en mi mano el arma fatal, y una fuerza invencible ha detenido mi brazo, pero hoy nada me hará retroceder. (*Se dirige á la mesa y toma convulsivamente un papel.*) Hé aquí mi última voluntad. Adela que está en Londres partirá mi fortuna con Clara y Juana... si es que Juana vive todavía. Ellas me compadecerán y rogarán por mí, pues me han amado. En cuanto á mi esposa... ¿qué debo hacer por ella? No contenta con haber envenenado mi juventud, ha atravesado los mares en mi busca; mi casa es hoy la suya y ha venido á convertir mi tranquilo hogar en la morada del demonio. A su nombre sublévase mi alma, cubre mis ojos un velo de sangre, y... Pero no, que viva; yo soy quien ha de morir. (*Toca la campanilla y luego se pasea agitado.*)

ESCENA II.

ROCHESTER, MISTRIS CLARA.

ROCHESTER. Clara, que nadie venga hoy á interrumpirme: necesito estar solo.

CLARA. Pero milord, ¿y los médicos?

ROCHESTER. ¿Qué quieren de mí esos hombres? ¿Qué pueden contra padecimientos morales?... Toda la ciencia humana es impotente contra el mal que me devora.

CLARA. Dicen, milord, que en vuestra situacion un incidente inesperado puede cambiar la faz de las cosas.

ROCHESTER. ¿Qué incidente? ¿Qué quieres decir? La esperanza y la felicidad habian entrado en mi corazon ulcerado... Juana habia reanimado la llama pronta á apagarse; pero la ingrata me abandonó sin piedad... Clara, vos lo sabeis; ya no hay esperanza.

CLARA. ¿Y si Juana volviese?

ROCHESTER. (*Vivamente.*) ¿Si Juana volviese? Clara, tú me ocultas algun secreto... ¿Juana va á volver? Habla, habla.

CLARA. Yo lo ignoro, milord; pero un presentimiento...

ROCHESTER. ¡Un presentimiento! (*Encogiéndose de hombros.*)

CLARA. ¡Oh! milord. En nuestras montañas de Escocia creemos en los presentimientos y raras veces nos engañan. Mi ángel custodio me ha dicho al oido: Espera, espera para tu amo. Creedme, milord, no desanimeis; tened confianza en el Todopoderoso.

ROCHESTER. Gracias, Clara, por vuestra solicitud, pero no puedo participar de vuestra ilusion. Juana no volverá; es altiva y virtuosa. La perdí para siempre.

ESCENA III.

DICHOS.—PATRICIO, *luego* MISTRIS SARA, *y* EL CAPITAN ENRIQUE.

PATRICIO. Milord, dos personas desconocidas que acaban de llegar, desean hablaros.

ROCHESTER. (*Bajo.*) ¿Si vendrán de parte de Juana? (*Alto á Patricio: este se va por el fondo.*) Que entren.

(*Clara trata de retirarse.*) Quedaos, Clara. Si es preciso que os retireis, yo os lo diré.

CLARA. ¿Y si vienen los médicos?

ROCHESTER. No quiero verlos; me irritan con sus consejos. Pero los recien llegados tardan ya mucho. (*Mistris Sara y Enrique entran por el fondo: Rochester les conoce.*) ¡Qué veo! ¡Mistris Sara!

SARA. (*Envejecida por la pesadumbre.*) Si, milord.

CLARA. (*Ap.*) (¿A qué vendrá?)

ROCHESTER. (*A Clara.*) ¡Así debia realizarse tu presentimiento! (*A mistris Sara con indignacion creciente.*) ¿Venís á insultar mi dolor, señora? ¿Qué quereis? Hablad ya. No os basta haber sembrado la tristeza en esta casa, que os es preciso renovar mis tormentos con vuestra presencia? Vos, la inspirada eternamente por el genio del mal, ¿qué nuevos dolores me traeis?

ENRIQUE. La cólera os ciega, milord. Ninguna dañada intencion trae á mi hermana á vuestra casa. Dignaos escucharme. Ricardo, el hijo de mi hermana se ha suicidado... Herminia dejó la Inglaterra abandonando á sir Guillermo, quien ha muerto en un naufragio. Quebrantada por el dolor y lleno el corazon de arrepentimiento, mi pobre hermana ha querido, antes de morir, cumplir un deber sagrado para con Juana obteniendo su perdon, viniendo á anunciarle que su tio ha muerto legándole toda su fortuna. (*Durante esta relacion Clara hace señas á Enrique para que no prosiga.*)

ROCHESTER. ¿No sabeis, pues, que Juana no está aquí? que dejó este castillo hace un año, el mismo dia que vos, sin recursos, sin proteccion, y que quizás ha muerto de hambre y de frio?

SARA. (*Arrojando un grito.*) ¡Muerta! no puede ser, no puede ser. ¡Dios no lo habrá permitido!

ROCHESTER. (*Se oye ruido de pasos precipitados y la risa estridente de la loca.*) Hablais de Dios, señora, hablais de Dios... ¡¡y permite que ese monstruo viva! ¿Oís esa carcajada? Así se rie lady Rochester... mi mujer, la loca furiosa que... (*Redobla el ruido de pasos.*) Habrá roto sus cadenas... ¡se ha escapado de la torre! (*Sale por la puerta de la izquierda precipitadamente y en extremo agitado.*)

ESCENA IV.

MISTRIS SARA, ENRIQUE, MISTRIS CLARA.

(*La tempestad va acercándose.*)

CLARA. (*Llorando.*) ¡Mi pobre amo! Acabará por perder la razon.

ENRIQUE. ¿Vive todavía esa desgraciada?... ¿Pero decidme, mistris Clara, ¿por qué me hacíais señas?

CLARA. Para que no siguierais hablando de Juana. Su ausencia ocasionó la enfermedad que le consume.

SARA. ¿Pero no es verdad que no ha muerto?

CLARA. No, mistris. Hace algunos dias, cuando desesperaba ya de saber noticias suyas, una feliz casualidad me descubrió su retiro. La escribí, y supe todas sus desgracias; entre otras, la de haber tenido una larga y penosa enfermedad que la privó de ir á reunirse con su tio en Madera, conforme le habiais dicho. En la actualidad vive en un pueblecito á ochenta millas de aquí con la familia de un jóven llamado Saint-John, un jóven que compadecido de las desgracias de Juana, se ha enamorado de ella: pretende hacerla su esposa, y llevársela á las Indias.

ENRIQUE. ¿Y milord sabe esto?

CLARA. La señorita Juana me ha prohibido que le revele el punto de su residencia.

SARA. ¿Le habeis dicho que los médicos opinan que un suceso extraordinario, por ejemplo, su vuelta al castillo salvaria á lord Rochester?

CLARA. Sí, y su última carta me hacia presentir que dentro de poco no experimentaria los temores que abrigaba de encontrarse con milord, cuya pasion la habia horrorizado hasta entonces. Estas últimas palabras estaban subrayadas y no he podido comprender el sentido misterioso que al parecer ocultan.

ENRIQUE. Pues bien, oid, mañana saldremos para Witeross, y haremos valer toda nuestra influencia para que Juana vuelva cuanto antes.

SARA. Sí, Enrique: iremos á ver á Juana. ¡Pobre niña! Me perdonará los tormentos que mi odio insensato

le ha hecho sufrir? (*Oyese la voz de Rochester.*)

CLARA. (*Asustada: señalando á M. Sara y á Enrique la puerta de la derecha.*) ¡Ah! Que milord no os vea ahora. En su actual estado de agitacion... Entrad aquí, entrad. (*La tempestad redobla. M. Sara y Enrique se retiran por la puerta de la derecha; mistris Clara por la del fondo.*)

ESCENA V.

LORD ROCHESTER, *solo entrando exasperado por la puerta de la izquierda, á poco* JUANA *y* CLARA.

ROCHESTER. ¡Qué horror! La loca habia roto su cadena. He tratado de volverla á la torre, pero mis esfuerzos han sido impotentes. ¡Vuelva ella por sí sola! ¡Oh! ¡suplicio horrible! Ser el esposo de ese monstruo, ¡estar condenado á vivir siempre con esa furia! ¡Oh! no quiero... no puedo... primero morir. (*Abre un cajon de la biblioteca y saca una pistola.*) Dios me perdonará. (*Acerca la pistola á su sien y se dispone á disparar cuando suena un trueno espantoso. La conmocion eléctrica le hace bajar el brazo y la pistola cae al suelo disparándose. En el momento de la detonacion M. Clara y Juana entran asustadas.*)

JUANA. ¡Deteneos, milord! (*Corriendo á él y arrancándole la pistola.*) ¡Esta arma!... ¿Queriais mataros?

ROCHESTER. ¿Por qué has venido á detener mi brazo?

JUANA. ¡Por qué Dios os manda que vivais, porque es un crímen el que ibais á consumar, milord!

ROCHESTER. ¡Cielos! ¿Qué veo?... ¡¡¡Juana!!! ¡Mi ángel bueno á quien lloraba perdido para siempre y que se me aparece en el momento que mas desesperaba!

JUANA. ¡Gracias, Dios de bondad, que me habeis conducido á tiempo de evitar un crímen!

ROCHESTER. ¿Será un sueño lo que pasa por mí? ¡No... no... es la realidad! Juana, ángel del cielo, ¿es cierto que estás á mi lado? déjame verte, contemplarte con embriaguez. Mi corazon rebosa de celestial alegría... háblame, oiga yo tu tierna y melodiosa voz... sus dulces acentos derraman un bálsamo de consuelo en mi pecho afligido.

JUANA. ¡Calmaos, milord! Juana no puede escuchar vuestras amorosas palabras sin ofender á Dios! Sabia que erais desgraciado y viene á daros el consuelo. La hermana de la caridad viene á prodigar sus cuidados al desgraciado que sufre. No veais en Juana mas que el instrumento de la misericordia divina.

ROCHESTER. ¿Qué quereis decir? ¿Qué significan esas sombrías palabras?... ¡Me haceis temblar!... ¡Juana, por piedad compadeceos de mí!...

JUANA. Milord, escuchadme bien. Toda palabra de amor fuera impía. Yo no me pertenezco. ¡Juana Eyre en otro tiempo es hoy mistris Saint-John!

ROCHESTER. ¿Cómo?...

JUANA. Estoy casada.

ROCHESTER. (*Cayendo anonadado en el sillon.*) ¡Cielos!

CLARA. (*Ap. á Juana.*) ¿Qué habeis hecho?

JUANA. (*Ap. á Clara.*) Mi deber.

ROCHESTER. (*Volviendo en sí.*) ¡Juana Eyre casada! La mujer por quien hubiera sacrificado mi existencia, mi fortuna, mi dicha... (*Arrebatado por un momento de delirio dirigiéndose á Juana.*) ¿Y te atreves á venir á este castillo para insultarme, para decirme que perteneces á otro?... ¡Ah! ¡¡¡Desgraciada!!! (*Se lanza á ella y Juana cae de rodillas.*)

CLARA. (*Interponiéndose.*) ¡Qué haceis, milord! (*Rochester se contiene, cubriéndose con las manos el rostro. Clara levanta á Juana y la sienta en el sillon. Pausa. Rochester anegado en lágrimas se arrodilla á los piés de Juana y la besa la mano.*

ROCHESTER. ¡Perdóname, Juana, perdóname, ángel de candor y de pureza! ¡Te amaba tanto!... ¡Yo no vivia sino por tí! y sin embargo... ¡Ah! ¿por qué separaste de mi mano el arma fatal? (*Cae en el sillon.*)

JUANA. ¡Porque Dios en su misericordia infinita guió aquí mis pasos para ser vuestro ángel salvador!

ROCHESTER. ¡Cúmplase su voluntad!

CLARA. Ved cuánto sufre. ¡Tened compasion de él!

JUANA. ¡Callad! (*Oyese gran ruido de voces dentro y carcajadas nerviosas que son interrumpidas por las voces de los criados. Voces dentro.*) ¡Socorro! ¡socorro!

JUANA. ¿Qué significan esas voces? ¿Ese ruido?...

ESCENA VI.

DICHOS.—MISTRIS SARA, ENRIQUE, *y á poco* PATRICIO *por la derecha.*

SARA. ¿Qué sucede, milord? (¡Aquí Juana!)

ROCHESTER. (*Volviendo en sí.*) ¿Quién?... Dejadme, dejadme.

PATRICIO. ¡Milord, milord!

ROCHESTER. ¿Qué me quieres?

PATRICIO. Acudid pronto. La pobre demente, despues de haber roto sus cadenas, se ha apoderado de una antorcha encendida y ha pegado fuego á la torre del Norte.

ROCHESTER. ¡Ya me olvidaba! ¡Siempre la loca para turbar mi sosiego! Ea, lord Rochester, tu noble dama está en peligro, tu digna esposa te llama. ¡Corre á exponer tu vida por salvarla! Vé en busca de la muerte y el cielo haga que la encuentres en medio de esa llama. (*Va á marcharse.*)

JUANA. (*Interponiéndose.*) ¡Deteneos, milord!

CLARA. ¡Querido amo!

ROCHESTER. Dejadme. Apartaos, dejad que se cumpla mi destino. (*Vase.*)

SARA. (*Dirigiéndose á Juana y queriendo arrodillarse.*) ¡Juana!

JUANA. (*Impidiéndoselo.*) ¿Qué haceis, señora?

SARA. Humillarme á tus plantas, pedirte perdon de lo mucho que te he ofendido; no me rechaces, Juana, déjame que abrace tus rodillas, mira mi arrepentimiento y perdóname.

JUANA. Nunca he dado cabida al odio en mi pecho. (*Se abrazan.*)

SARA. Dios te recompensará, Juana; eres buena y generosa; él premiará tu virtud. (*Voces dentro.*)

CLARA. (*En la ventana.*) ¡¡¡Dios mio!!!

JUANA. ¿Qué sucede, Clara?

CLARA. Milord que corre al abismo, persigue á la pobre loca en lo alto de la torre...

JUANA. (*Corre á la ventana.*) ¡Cielos!... va á precipitarse... ella huye blandiendo la antorcha incendiaria... ¡Milord, deteneos; si dais un paso mas sois perdido! No me oye... Rochester... ¡Gran Dios!

el cornisaminto se ha desprendido, el hundimiento es inevitable... Quiere detener á su esposa, ella se resiste... se arroja sobre él... ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Ya es tarde!!! (*Un grito desgarrador. Un momento despues del grito se oye un gran ruido como el que produce el hundimiento de una parte de edificio, el resplandor sigue aumentando. Juana cae desmayada, todos se precipitan á socorrerla.*)

ENRIQUE. Sara, mistris Clara, socorred á esta infeliz, yo corro á informarme.

SARA. Sí, Enrique, no te detengas por si puedes evitar una desgracia. (*Vase sir Enrique.*) Juana, hija mia, vuelve en tí!

JUANA. (*Consigo misma.*) ¡Muerto! ¡muerto!

SARA. ¡No es posible! Dios no lo habrá permitido.

JUANA. Yo misma he visto á esa terrible mujer en su acceso de locura arrojarse sobre milord... lanzar una horrorosa carcajada y precipitarse con él en las ruinas del castillo.

SARA. ¡Ah! ¡qué horror!

JUANA. ¿Y permitís que exista, Dios santo? ¿Y no lanzais desde vuestra esfera un rayo que me convierta en cenizas?

ROCHESTER. (*Dentro.*) Por aquí, amigos, por aquí.

JUANA. ¡Ah!... ¡esa voz!...

ROCHESTER. (*Dentro.*) ¿Patricio, Clara?

JUANA. ¡Él es! ¡Él es! ¡Perdóname, Dios mio! En mi dolor he blasfemado, he dudado de tu misericordia. (*De rodillas.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ROCHESTER, *luego* ENRIQUE.

ROCHESTER. Acudid todos, socorredla si aun es tiempo... (*Sale á la última palabra.*)

JUANA. (*Corriendo á él.*) ¡Milord!

ROCHESTER. ¡Juana!

JUANA. ¡Salvado!

ROCHESTER. ¡Sí, Dios ha obrado un milagro! ¡El ángel bueno ha rogado por mí! Toda la parte del castillo ha venido al suelo devorado por las llamas arrastrando consigo á lady Rochester; yo iba á sucumbir de la misma manera cuando Patricio y los demás cria-

dos me arrancaron entre sus brazos del precipicio. Lo que ahora importa es socorrer si aun es tiempo á la infeliz. Juana... Clara... acudid todos...

JUANA, CLARA, SARA. (*Van á salir.*) Sí, sí, corramos.

ENRIQUE. (*Saliendo.*) ¡Deteneos!

ROCHESTER. ¡Cómo!

ENRIQUE. ¡Lady Rochester no existe!

ROCHESTER. (*Aterrado.*) ¡Muerta!

ENRIQUE. Los cortos momentos que ha sobrevivido á su horrible caida no ha hecho mas que invocar á Dios y suplicar que la perdoneis.

ROCHESTER. Señor, vos me concedisteis poder, fuerza, riqueza, y yo desconocí todos estos dones de vuestra inefable bondad: hoy vuestra cólera ha herido al soberbio, vuestra terrible mano descargó sobre mí el peso de sus iras; inclino la cabeza y os bendigo. (*Yendo á Juana.*) Juana... (*Ella hace un movimiento.*) Nada temais. Gracias á vos entreví una dicha inesperada, un paraiso en este mundo. Dios no lo ha querido. Os ha vuelto á mí, me ha hecho libre, cuando ya no podiais pertenecerme. Cúmplase su voluntad! (*A Clara.*) Y tú, tú la única que me has amado á pesar de mis defectos, permíteme que te pida una última prueba de afecto. Este castillo y sus dependencias te pertenecen. (*Movimiento de Clara.*) No puedes, no debes negarte á aceptarlos. Desde hoy me seria imposible vivir en este castillo: mi razon no podria luchar con el recuerdo de los dolores que en él he sentido, con el recuerdo de la felicidad que creí haber encontrado. Parto, dejo la Inglaterra, y cuando haya dejado de existir...

JUANA. (*Sobresaltada.*) ¿Qué decís, milord?

ROCHESTER. Tranquilizaos; no atentaré á mis dias; esperaré mejores tiempos. Recomiendo á Adela, vuestra discípula, á la amistad de mi parienta Clara, y os ruego que veleis por ella, Juana... permitidme que os llame así por última vez. Sed dichosa, y adios para siempre. (*Da un paso para retirarse y encuentra á M. Clara arrodillada en el umbral de la puerta.*)

CLARA. (*Juntando las manos.*) ¡Oh! amo mio, no partais, y perdonad á vuestra fiel criada que no quiere ocultar el secreto que guarda su corazon. Juana que temia vuestro amor, Juana que en su sublime virtud ha acudido á una estratagema para presentarse

sin peligro en vuestra casa, Juana no es casada, Juana es libre.

ROCHESTER. (*Con ansiedad.*) ¡Libre! ¡libre! En nombre del cielo, Juana, decidme que es cierto. (*M. Clara se levanta.*)

JUANA. (*Bajando los ojos.*) Sí, milord; tenia miedo de vos, lo tenia de mí misma, y mistris Saint-John protegia á Juana Eyre.

ROCHESTER. (*Con exaltacion.*) ¡Oh santa jóven! Juana, la dicha va á volverme loco.

JUANA. ¡Silencio, milord! nuestra felicidad en este momento seria un sacrilegio. La que llevó vuestro nombre acaba de parecer delante de Dios. Roguemos por su reposo. (*Juana se arrodilla y cruza las manos, los demás la imitan.*)

ROCHESTER. (*Extendiendo las manos sobre la cabeza de Juana.*) Dios la perdonará, pues ruega por ella uno de sus ángeles.

FIN.

Salvador Manero, Editor.

Ronda del Norte número 128, Barcelona.

CURSO DE DECLAMACION ó ARTE DRAMATICO. Aprobado para la enseñanza del real Conservatorio de música y declamacion. Por el Dr. D. V. Joaquin Bastús, Irenio Tespiano entre los Arcades de Roma. Tercera edicion notablemente mejorada, 20 rs.

OBRAS DRAMATICAS.

DON JUAN DE SERRALLONGA ó LOS BANDIDOS DE LAS GUILLERIAS: drama en cuatro actos y un prólogo, original de D. Víctor Balaguer, cuarta edicion, 8 rs.

AUSIAS MARCH: drama en cuatro actos, original de D. Víctor Balaguer, 8 rs.

LOS FUEROS DE LA UNION, drama en cuatro actos y en verso, original de D. Gerónimo Borao, 8 rs.

LA INDEPENDENCIA DE NAPOLES ó EL PIRATA LEVANTINO: drama en cuatro actos y un prólogo, escrito en verso por D. B. Ll. 8 rs.

LA MAS ILUSTRE NOBLEZA, drama en tres actos y en verso original de Fernando Garrido, 2 rs.

DON JOAN DE SERRALLONGA, drama en cuatre actes y un prólech, original de D. Víctor Balaguer. Barcelona 4 rs. fuera 5.

AMOR Y GRATITUD, drama bilingüe en un prólogo y dos actos, en verso, original de Modesto Busquets, 4 rs. y 5 fuera.

SETSE JUTJES, zarzuela en un acto, original de D. Manuel Angelon (libreto), 2 rs. y 2 rs. 50 cénts. fuera.

LOS BANDOLERS CATALANS ó LO BALL DEN SERRALLONGA, cuadro de costums catalanas ab coros y dansas de la terra, per D. Víctor Balaguer, 2 rs.

Dirigir el importe en letra ó sellos al editor, quien enviará los pedidos á cualquier punto de España en paquete certificado.

TEATRO SELECTO antiguo y moderno, nacional y extranjero, coleccionado é ilustrado con una introduccion, notas, observaciones críticas y biográficas de los principales autores por D. Francisco José Orellana y D. Cayetano Vidal y Valenciano. Edicion correcta, exornada con retratos y viñetas alusivas al texto. Van publicadas 680 entregas.

Facilidades de suscricion por entregas y por tomos.

Adelantar el importe de algunas entregas remitiéndolo en letra ó sellos á Salvador Manero, editor, Ronda, núm. 128, Barcelona.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.